

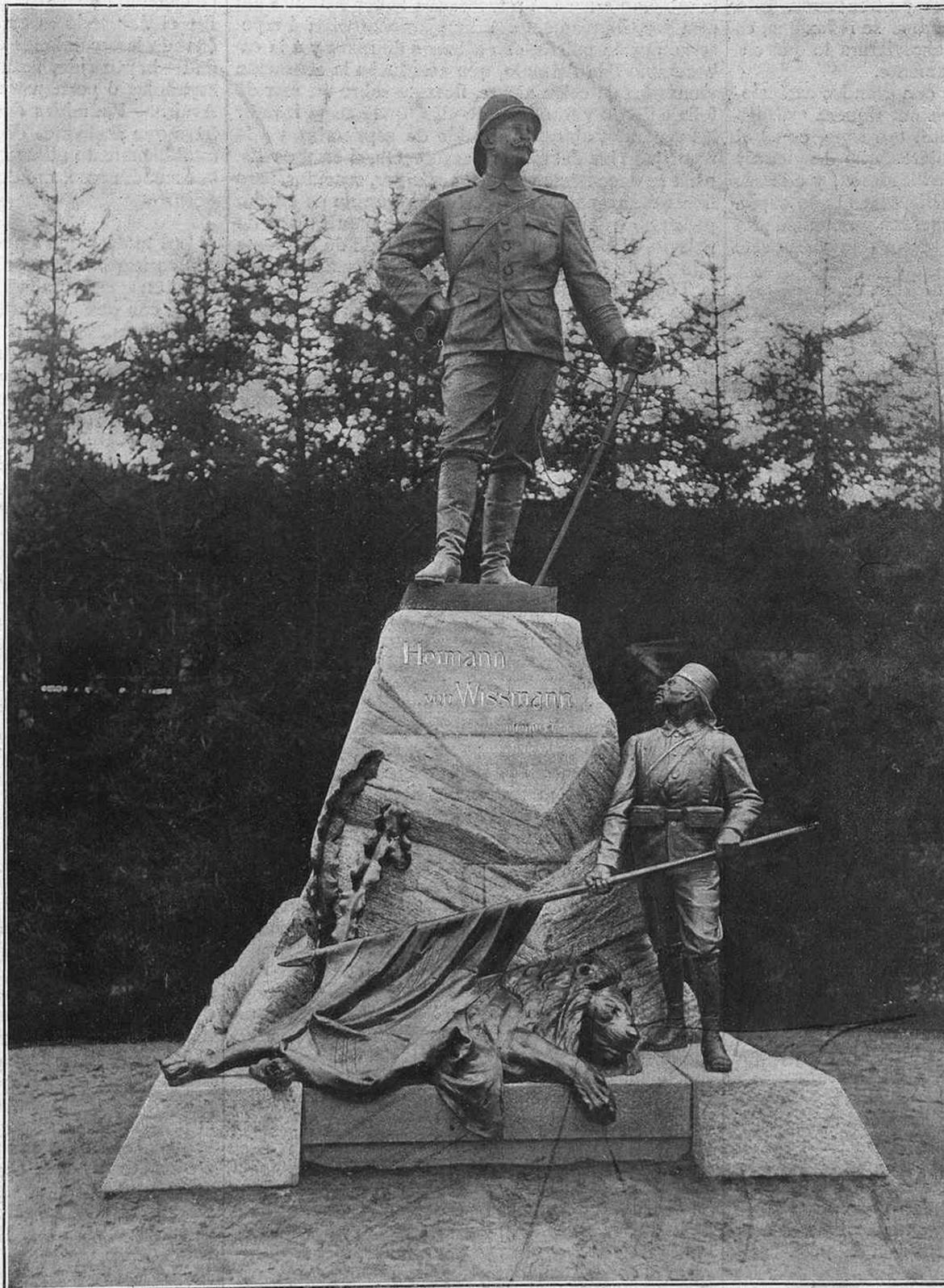
La Ilustración Artística

AÑO XXVII

BARCELONA 28 DE SEPTIEMBRE DE 1908

NÚM. 1.396

REGALO A LOS SEÑORES SUBSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



Monumento al célebre explorador alemán Germán Wissmann,
obra del escultor berlinés A. Kurlé. (De fotografía de Trampus.)

Este monumento, que se inaugurará en breve en Dar-es-Salam (Africa Oriental alemana), ha sido erigido por iniciativa del príncipe Juan Alberto de Mecklemburgo, regente de Brunswick. El emperador Guillermo ha contribuido á él con una cantidad respetable.

SUMARIO

Texto.—*La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. — *Una rosa en el cabo Norte*, cuento de Luis Enault. — *Ginebra. Congreso feminista.* — *El Lourdes inglés. Reproducción de la gruta auténtica en Spalding.* — *París. Incendio del Palacio de los Teléfonos.* — *Las grandes maniobras del ejército francés en el Loire. Los mecanismos de un ejército moderno.* — *Problema de ajedrez.* — *El vellocino de oro, novela ilustrada (continuación).* — *Actualidades españolas. La jira automovilista a Oñate.* — *Los Juegos Florales de Vigo.* — Libros enviados a la Redacción.

Grabados.—*Monumento a Germán Wissmann*, obra de A. Kurle. — Dibujo de Carlos Vázquez que ilustra el cuento *Una rosa en el cabo Norte.* — *Ginebra. Congreso feminista.* — *Roma. Traslación del cuadro de Rafael «La Transfiguración.»* — *La Transfiguración*, cuadro de Rafael. — *La gruta de Spalding (Inglaterra).* — *Procesión de la inauguración de dicha gruta.* — *París. Incendio del Palacio de los Teléfonos.* — *Los mecanismos de un ejército moderno.* — *D. Nicolás Salmerón.* — *Pablo Sarasate.* — *El ajedrecista Marshall jugando en Kerkan.* — *La jira automovilista a Oñate.* — *Los Juegos Florales de Vigo. La reina de la fiesta y su Corte de Amor.* — *Londres. Manifestación de las sufragistas.* — *Monumento a Goethe*, obra de Edmundo Hellmer.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Hace algún tiempo, creo que dos ó tres años, he sostenido aquí mismo la tesis de que uno de los mayores enemigos de España es la chinche; enemigo que nos ha hecho y nos hace poco menos daño que Napoleón y hasta que yanquis y filibusteros. Ello parece una paradoja gruesa; pero si se reflexiona, es una verdad sencilla. Diré en abreviatura lo que entonces explicaba quizás prolijamente.

Para un país como España, con grandes extensiones de despoblado y cuantiosísima riqueza artística y monumental, nada es tan útil, tan sano, como el movimiento y afluencia de viajeros, que despierta y estimula todas las energías civilizadoras, y además deja dinero en abundancia. Italia saca al año copioso rédito á su caudal de recuerdos y antigüedades históricas. En España, por la escasez de turistas, este capital está muerto.

Ahora bien; la escasez de turistas, en España, se debe no sólo al mal servicio y difíciles itinerarios de los trenes, sino también y muy en primer término, al terror de las vigiliadas amenizadas por las chinches y pasadas en un sofá á fin de evitar una cama impura.

Se va sin mucho recelo á hacer noche en las ciudades—y á veces también en ellas se encuentra la plaga;—pero se huye como de la peste de los pueblecitos, en los cuales se ocultan tesoros para la curiosidad y la afición artística de los viajeros. La sangre circula cuando más por las grandes arterias; en las venillas se estanca completamente. Nadie se atreve á detenerse en los lugares donde fluye el rico veno de la tradición y de la íntima belleza española.

Oís decir unánimemente á los viajeros que no les importa comer cualquier guiso, beber el peor vino, sufrir cualquier privación, renunciar al confort más usual; pero que no se avendrían nunca á reposar en una cama visitada por el bichejo detestable y hediondo.

* *

La justicia manda que se confiese que hay casas y aun posadas de villorrio, donde un poco de aseo previene el peligro. Lo malo es que, como están infestadas otras muchas, se teme igualmente á todas. En la puerta, según ahora es frecuente colocar las placas dedicando la casa al Corazón de Jesús, debieran los limpios poner otra placa advirtiendo «Aquí no hay chinches: entra sin miedo, viandante.»

Lo triste de todo ello es que la chinche no es una fatalidad física: la chinche, como la mosca, desaparece cuando hay policía y se friegan bien las maderas y muebles. En las escuelas debiera enseñarse el modo de asear y los procedimientos insecticidas. Con esto y un medianísimo, un humilde *albergo* que se encontrase en cada rincón, España empezaría á ser visitada como merece. El lujo de los hoteles vendría después: insensiblemente sucedería aquí lo que en Suiza, donde todo se facilita al viajero, y donde en las más escarpadas montañas no falta cuanto puede desearse. Los buenos hoteles se forman al calor de los turistas, y para que acudan turistas y suelten dinero á cambio de servicios y satisfacciones, es necesario que desaparezca el terror á la chinche.

* *

La chinche modifica los itinerarios, obliga á pasar á escape por puntos que sería delicioso recorrer detenidamente, destruye el encanto y la impresión poética de los sitios donde la tradición ha grabado su huella misteriosa; he aquí por qué veo en la chinche á un cruel enemigo de la patria.

Acabo de viajar en automóvil ocho días. Una ex-

pedición deliciosa, sin asomos de *panne*, sin que nada se haya roto, pinchado ni paralizado en el mecanismo para mí complicadísimo é incomprensible del artillugio. (Porqué es de saber que mi ineptitud para la mecánica pasa de los límites de la verosimilitud, y un amigo mío, fallecido ya por mal de la ciencia española, Laureano Calderón, sudó tinta al empeñarse en enterarme de cómo funcionaba un reloj de bolsillo.) Ello es que el viaje salió perfectamente, y admiramos, mis compañeros de expedición y yo, un sinnúmero de paisajes y monumentos encantadores. Nos detuvimos aquí y acullá, en fondas desconocidas, en parajes infrecuentados, hallando en todas partes gente amable y solícita que nos ofrecía cuanto necesitásemos, y comida abundante y excelente. De buen grado se quedaría uno, por una noche, en tal lugarejo, cerca de tal ó cual monasterio, castillo arruinado ó convento impregnado de romanticismo... «¡Ah, si no fuese la contingencia de las chinches!» repetíamos al desechar el proyecto, por unanimidad...

* *

En Ribadavia—uno de los pueblos más bonitos, pintorescos y monumentales de la provincia de Orense—pasamos una noche. La fonda está agasajada entre parras y álamos, como rodeada de la fresca y vivaz vegetación de un parque, y se asienta frente á la estación misma. Yo recordaba haber dormido allí otra vez, limpiamente. Y limpiamente volví á reposar, en cama pulcra, con sábanas de nieve y á la cabecera un San Antonio, que acentuaba la sensación monástica de celda alegre, flotante sobre un mar de follaje denso y frondoso de viña, que amaga invadir las ventanas, abiertas al calor de septiembre y á la regocijada luz del cielo riberano. ¡Oh, si en toda España se encontrasen de estos *albergos*, sencillos, pero libres de asquerosas plagas! Creo que no es mucho pedir; no exigimos el hotel fastuoso, con ínfulas de palacio, al estilo del que se alza al lado de la fuente mineral de Mondáriz ó al pie de los manantiales de la Toja. Bastan para empezar y tienen su grato perfume de manzanilla y violeta las fonditas como la de Ribadavia, sin pretensiones... y sin chinches.

* *

En ocho días, como iba diciendo, hemos recorrido tres provincias; la Coruña, Pontevedra, Orense. Hasta nos hemos internado un poco—¡tan poquillo!—en Portugal, visitando Valença do Minho... Poco, pero lo suficiente para comprobar esa curiosa diferencia que se nota entre naciones y pueblos, por la virtud de una frontera que los divide... Es la misma tierra; á las dos márgenes del Miño, el arbolado es idéntico, iguales los accidentes del terreno; y sin embargo, Valença lleva un sello tan característicamente portugués, que es inconfundible con una ciudad de allende. La fanfarronería de las ceñudas fortificaciones—ya inservibles—y de los cañones—anticuados, de veinte modas atrás—de los cuales hablan con énfasis respetuoso los pilluelos color de aceituna que se constituyen en cicerones nuestros, es ya cosa propiamente lusitana: Túy no conserva esa actitud de dogo amenazante; nosotros nos hemos dejado de *rodomontades espagnoles*. Pasamos por delante de la cárcel, a *cadea*, y una esportilla, colgada de un bramante, viene á caer delante de los ojos. Una presa nos pide así limosna. Entramos en una barbería; nos refrescamos y pulverizamos con agua de Colonia, y el *fidalgo* barbero se niega, haciendo reverencias, á cobrarnos nada. Las casas, de arquitectura pseudogótica, están revestidas de una azulejería bellísima, de relieve—el azulejo es una de las manifestaciones artísticas más genuinas de Portugal.—Vemos un paço, una casona enorme, con patio jardín, con escudos que la blasonan. «Es la casa del *senhor barao*,» exclaman, con inflexiones de veneración profunda, los golfillos que van siguiéndonos ó precediéndonos, sin agobiarnos, sin pedirnos (como nos pedirían si fuesen del otro lado del río) una *perriña*.

Entramos en el Casino—creo que se llama la *Asamblea*; es detalle que no recuerdo.—Con la corteza clásica en Portugal, nos enseñan unas salitas donde hay *recreios*, billar, mesas de juego, y por último, la biblioteca. Y aquí es preciso alabar, alabar sin reserva alguna. Acabo de visitar la biblioteca del Casino de Vigo, cuyos salones son espléndidos y están amueblados como el palacio de un potentado fastuoso; y en la biblioteca, asaz chica, sólo divisé colecciones encuadradas de la *Gaceta*. En el modesto Casino de Valença, en una sala bastante capaz, rodeada de estanterías, calculo que se alineaban unos cuatro mil volúmenes de obras antiguas y modernas, portuguesas, francesas, españolas, inglesas, escogidas con inteligencia y conocimiento de la verdadera mar-

cha de la literatura contemporánea. Los gran desecritores portugueses—Herculano, Fialho de Almeida, Eça de Queiroz, Castello Branco, Riveira Martin—allí están. Los títulos que leo me interesan; me pasaría de buena gana una tarde revolviendo libros en este Casino de poblacho, mejor surtido, en lo intelectual, que el de una población tan próspera, tan llena de tráfico y actividad como Vigo. En cambio—eso sí—la *biblioteca* vinosa y alcohólica del *bar* Bandeira, es completa y está bien ordenada.

* *

¿Será verdad que ciertos adelantos representan progresos? El *bar* Bandeira me obliga á formularme la pregunta á mí propia. Todas las tardes que hemos pasado unas horas en Vigo, visitábamos el *bar*. ¡No se imagine nadie que esto es un reclamo! Lo que consumimos en el *bar* queda pagado religiosamente, y hasta creo que por las setenas, doblado y zahumado, como dijera Cervantes. Pero el *bar* se presta á reflexiones, y he de hacerlas. El *bar* es la taberna de lujo. Quizás sólo en el lujo, y en el predominio del *cock-tail* sobre la caña de manzanilla, difiere de la freiduría malagueña, donde el pescado tira de la bebida, y la bebida llama por el pescado, las aceitunillas y las rajitas de salchichón. Hay un matiz muy marcado que distancia al *bar* del figón y lo eleva en la categoría de tales asilos báquico-gastronómicos. En el *bar* todo es extranjero, y muy elegante, aun cuando los mejillones en escabeche—una especialidad—hayan sido, naturalmente, captados en aguas españolas ó portuguesas—pues los hay á estilo de Aveiro.—Pirámides de latas de caviar comentan la frase que acabamos de oír de labios del dueño del establecimiento ultramoderno: «Cuando fondeó aquí la escuadra rusa, me dejó cuatro mil duros...»

* *

Los toneles que amueblan el *bar* están decorados con caricaturas de escritores, músicos, políticos... El tonel en que figuraba la mía ha sido adquirido hace poco, con otra media docena de toneles iconográficos, por un aficionado. «Allí los puede ver á senhora...» Vigo es muy cosmopolita; en el *bar* entra de pronto un hombre alto, rubio, silencioso, que bebe calladamente y se va como ha venido, es decir, más *full* de lo que ha venido, de seguro... Es un hijo de Albiñ. Portugueses atezados, flemáticos insulares, abundan en las calles de la ciudad, sembradas de sillares de cantería, de esa cantería admirablemente blanca y fina de la provincia de Pontevedra, que se parece al mármol griego. Todo el día se oye en Vigo el tintín de los picos; veis alzarse casas de una suntuosidad que sorprende, bordadas, afiligranadas, recargadas de adornos. ¿Producirá lo bastante la finca-bilidad urbana en Vigo para compensar este derroche arquitectónico? ¿O es que la labor de la piedra, en otros países tan costosa, es en Vigo barata? No me han sabido esclarecer las dudas—en viaje se formulan mil interrogaciones que no hay tiempo de contestar satisfactoriamente.—Lo que sé es que no conozco casas más *repinçadas* que las nuevas de Vigo.

* *

Su puerto es una magia. Discutíamos—y tampoco dimos con la explicación—por qué una puesta de sol en la bahía de Vigo es más hermosa que otras puestas de sol en otros lugares y en otras riberas. Hay una majestad y una grandeza infinita en el espectáculo del ocaso sobre aquella bahía y aquella ría, envidia de las naciones.

Se pone el sol á lo lejos, en el magnífico horizonte, detrás del erizamiento de los mástiles, como desdénso del movimiento del puerto, como huyendo de la *Bolsa del pescado*, donde se subastan, y por cierto muy ingeniosamente y sin ruido ni posibilidad de engaño ó disputa, las *pescadas* ó merluzas plateadas y tersas que se reparten después por toda la provincia y el reino todo... Dondequiera que vayamos, la merluza nos perseguirá. La encontraremos en Ribadavia, en la Guardia, en Santiago, en las estaciones del camino, ya bañada en la cursi salsa mayonesa, ya cocida y salpicada de perejil, ya frita, bajo su tónica de huevo... En Vigo, en la Bolsa, la hallamos apilada por centenares, y su olor fuerte y bravo nos sigue, nos satura la nariz, nos hace apretar el paso y buscar, en lo alto del pueblo, calles libres de ese tufo ingrato. No sé por qué, oliendo tan deleitosamente el mar y las algas, ha de apestar el pescado reunido...

El sol dijérase que también se aleja, hundiéndose en el agua toda ruborizada de recibirle... Es una puesta de sol nupcial y regia.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

UNA ROSA EN EL CABO NORTE (I)

CUENTO DE LUIS ENAULT

DIBUJO DE CARLOS VÁZQUEZ



Edwina habíase visto condenada á un rudo destierro

Tenía diez y seis años, era rubia como trigo en sazón, esbelta y delgada; su figura delicada era un conjunto de gracias encantadoras; el azul de sus ojos recordaba el firmamento de las hermosas mañanas de primavera, y su cutis, de transparente pureza, podía competir con la blancura inmaculada de las campanillas blancas de invierno. Había en ella un no sé qué de poético y de inmaterial que sólo he observado en esas razas del Norte que han engendrado las ondinas y las Walkyrias, y vista una vez su deliciosa imagen, su recuerdo permanecía indeleble en la memoria. Habría llamado la atención en todas partes; en el cabo Norte, fué para mí como una aparición.

Su padre, Carle Sturlessen, había fijado su residencia en el punto extremo de nuestro continente, en un contrafuerte de ese promontorio gigantesco que viene á ser el centinela avanzado de Europa por el lado de los mares boreales. Los intereses de un comercio importante que le obligaba á estar en contacto con Rusia, por una parte, y con Noruega, por otra, habíale impulsado á establecer en aquellas apartadas latitudes depósitos que eran continuamente visitados por buques de toda la región septentrional. Desde la muerte de su esposa adorada, á la que había perdido en su juventud, no había vuelto á Suecia, y su hija, la encantadora Edwina, habíase visto condenada á un rudo destierro, cuyos rigores soportaba sin quejarse, porque era de carácter bondadoso, paciente y resignado.

Su padre, ya riquísimo, pero que no quería regresar á su patria hasta ser dueño de la enorme cifra de millones con que hacía tiempo soñaba, le prodigaba los mimos y las atenciones que se reservan para los seres más amados y le procuraba una educación de joven princesa.

Había tenido sucesivamente institutrices francesas, inglesas y alemanas, y hablaba cuatro ó cinco idiomas, todos con igual pureza y también con el hechizo de ese acento ligero que los suecos comparten con los rusos y que comunica un atractivo singular á todas las lenguas por ellos habladas.

Hábiles maestras de música habían hecho de ella una artista que los más exigentes públicos habrían aplaudido, porque infundía un alma en el piano, que cantaba y lloraba bajo la presión de sus dedos.

**

¡Oh veladas encantadoras pasadas en aquel salón, en donde se olvidaba uno de que estaba á mil leguas de París, de Viena, de Roma ó de San Petersburgo! Gracias á Edwina, á cualquiera habría parecido demasiado corta la noche de tres meses que envuelve al cabo Norte en sus semitinieblas, apenas alegradas por la vaga claridad de las auroras boreales.

Había yo pasado una temporada entre los lapones, que no me mimaron ni mucho menos, y sentía un placer indecible al saborear, en el otro extremo del mundo, todos los refinamientos de la civilización más exquisita. Los contrastes ofrecen siempre un gran atractivo.

Toda la vida íntima de la familia y de los forasteros concentrábase en el gran *hall*, que ocupaba por sí solo la mitad de la superficie de la casa y en el cual habíanse reunido muebles de distintas épocas, todos bellos por su carácter y por su estilo, cuadros de los mejores maestros y objetos de arte que recreaban los ojos y el espíritu.

Los estantes de una biblioteca de ébano con incrustaciones de cobre, nos brindaban las novedades literarias de Londres, de Leipzig y de París. Sobre una de las mesas, entre revistas, *magazines* y todos

(1) Reproducción autorizada para los periódicos que tengan celebrado contrato con la *Société des gens de lettres* y prohibida para los demás. Reservados los derechos de la presente traducción.

los grandes periódicos ilustrados de América y de Europa, llaméme la atención un álbum gigantesco cuya encuadernación en pergamino blanco sembrado de hojas y botones de rosa denunciaba el refinado esmero y la delicadeza un tanto amanerada de la fabricación vienesa.

Edwina, al ver que yo miraba el álbum, me dijo:

—Abralo usted; contiene tesoros, pero no secretos.

Y poniendo el tomo al alcance de mi mano, añadió:

—He reunido en él una colección de obras maestras, amigas mías todas ellas; pero no soy egoísta; al contrario, me gusta que las admiren los demás, y los elogios de que son objeto parécenme una prueba de mi buen gusto.

Hice lo que me decía, y sucesivamente fué desfilando ante mis ojos una colección sin rival de reproducciones perfectamente hechas, dibujos, pasteles, acuarelas, grabados y fotografías de los cuadros de pintores ilustres que han tomado como asunto de sus estudios la flor que puede considerarse como la obra maestra, el encanto y la gracia de la naturaleza. ¡La rosa!

Me explico esa preferencia, porque ¿dónde encontrar líneas más elegantes, colores más deleitosos, perfumes más suaves?

Dijérase que de todas las rosas conocidas ninguna había dejado de acudir al llamamiento; todas estaban allí, desde las más sencillas, que son la delicia de la primavera, con sus tenues pétalos que la más leve brisa arranca y que brillan como estrellitas de oro ó de plata en el obscuro verdor de las malezas, hasta esas maravillas de la naturaleza fecundadas por el arte y por la industria de los horticultores, esas rosas que se llaman *Pablo Neyron*, *Mariscal Ney* y *Gloria de Dijón* y que, como envanecidas de su triunfo, son el orgullo de nuestros concursos y se ven solicitadas por los aficionados admiradores de sus formas delicadas y del brillo y de la suavidad de sus colores.

Felicité á la hija de mi huésped por la riqueza de su colección.

—Confieso, respondiome, que nada omito para que mi álbum sea siempre completo; cada día surge una creación nueva, pero yo no perdono medio y hago las mayores locuras para tener por lo menos la imagen de las últimas nacidas en el mundo de las flores.

—De modo, señorita, que es una verdadera pasión.

—Pasión bien inocente; la pasión de las rosas; pero lo que da un carácter singular á mi caso es que nunca he visto rosas de verdad, naturales, vivas, por decirlo así.

—¿Cómo! ¿No ha visto usted nunca rosas?

—No, nunca. Vine aquí siendo aún muy pequeña... era muy niña cuando perdí á mi madre, el ser adorado cuyo retrato ha encontrado usted tan bello, y desde entonces no hemos vuelto al Mediodía (¡el Mediodía para ella era Estocolmo!), y aquí, ya usted ve, hace demasiado frío para esas plantas delicadas. En este país no vivirían..., y esta es una de mis penas, lo cual no me impide amarlas... ¡Al contrario!, añadió con delicada sonrisa, en la que la formalidad de la mujer se mezclaba con la ingenuidad de la niña.

—¿Y cómo se apoderó de usted esa pasión?

—Era muy joven todavía cuando un corresponsal de mi padre, que vino á vernos, nos dejó un libro francés titulado *Les Roses*; lo devoré, y no puede usted imaginar el placer que me causó su lectura. Parecióme que penetraba en un mundo nuevo, desconocido y encantador, del que no habría querido salir jamás, y desde aquel día he leído todo lo que los poetas y los novelistas han escrito sobre mi flor predilecta... ¿Qué quiere usted? Algo hay que hacer para matar los ratos de ociosidad, y ¡son tantos los

ratos de ociosidad en el cabo Norte! Pero esto no obsta para que nunca haya visto rosas... Sin embargo, pronto las veré, pues dentro de dos años, yo entonces tendré diez y ocho, papá dejará el Cabo y nos iremos á vivir en Estocolmo... Allí tendré un jardín, y cuando lo tenga...

Su gesto completó el pensamiento que no había acabado de expresar.

**

A la mañana siguiente dejé aquella casa hospitalaria. En el momento de partir, la señorita Sturlessen púsome una pluma en la mano, y con esa gracia á la que nada puede negarse me dijo, presentándome una hoja blanca de su álbum:

—Escriba usted aquí algo.

Y acordándome de un verso del poeta Sadi, escribí:

«No soy la rosa, pero junto á ella he vivido.»

Algunas semanas después, terminadas mis excursiones por la Laponia noruega y la Finlandia rusa, regresé á Francia siguiendo las tempestuosas costas del Báltico. En el intervalo de dos tempestades, hice escala en Hamburgo, y mi primer cuidado en aquella ciudad fué ir á casa del floricultor que estaba más en boga, quien me dejó tomar cuanto quise de sus jardines. Hice un magnífico ramo con sus rosas más bellas, cortando los tallos muy largos y mojando las puntas de éstos en cera hirviente, á fin de aprisionar la viviente y nutritiva savia; después las envolví en gruesas capas de algodones, para evitar todo golpe y el más pequeño roce, y por las vías más rápidas que al presente hay en todas partes, expedí al cabo Norte mi perfumado paquete.

Al día siguiente de mi llegada á París, recibía una tarjeta que sólo contenía estas palabras:

«¡Al fin he visto rosas! ¡Gracias!»

GINEBRA.—CONGRESO FEMINISTA

El movimiento feminista va tomando grandes proporciones. Ya no se trata de la mayor ó menor

en cinco grandes tablas de madera, fué primeramente encerrado en un cajón de 5'75 metros de alto, por 3'40 de largo y 45 centímetros de grueso; después se hizo resbalar suavemente la caja por un plano inclinado

damiaje exterior y protegida por una sólida armazón fué lanzada al espacio y bajada lentamente por medio de dos cabrias, recorriendo así una distancia de 38 metros.



Ginebra.—Congreso internacional feminista recientemente celebrado. (De fotografía de Carlos Trampus.)

participación ó colaboración de la mujer en las profesiones ó en las obras en que los hombres conservan todavía su preponderancia; ya no se contentan las mujeres con figurar en segundo término, sino que apelan á todos los procedimientos y recursos que la organización de la sociedad moderna pone en sus manos para aparecer en primera línea y aun para excluir de sus públicas manifestaciones á los hombres. Así tenemos hoy periódicos exclusivamente dirigidos y redactados por ellas, clubs femeninos y un partido político feminista en Inglaterra que empieza á dar que pensar á los hombres públicos de aquel país, y que después de haber resistido el período de las bur-las ha entrado ya en el de las discusiones en serio y hasta en el de las persecuciones.

Ultimamente se ha celebrado en Ginebra un congreso internacional que ha sido presidido por lady Aberdeen, esposa del virrey de Irlanda, y al que han concurrido mujeres de varias naciones de Europa y de América. En él se han tratado importantes cuestiones de educación y de higiene; mas no se han limitado á esto las tareas de las congresistas, sino que han abordado otros importantísimos problemas relacionados con la actual situación de la mujer y de los medios conducentes á que ésta tenga en la sociedad los derechos y las consideraciones necesarias para que su condición no resulte inferior á la de que actualmente disfruta el sexo fuerte.

TRASLACIÓN

DE UN CUADRO DE RAFAEL

En vista de que la antigua pinacoteca del Vaticano resultaba demasiado estrecha para las muchas y valiosas obras de arte que contenía, se ha dispuesto un nuevo museo, al cual ha sido trasladada hace pocos días una de las obras maestras de Rafael, el cuadro *La Transfiguración*.

La delicada operación del traslado ha exigido minuciosas precauciones. El cuadro, que está pintado

construído expresamente en la sala en donde estaba instalada *La Transfiguración*, y por medio de rodillos se la condujo hasta el pie de una gran ventana

La Transfiguración había estado en la iglesia de San Pedro de Montorio, en donde la instaló el cardenal que luego fué el papa Clemente VII, hasta que, en virtud del tratado firmado por Bonaparte con el Sumo Pontífice en 19 de febrero de 1797, pasó al Louvre, junto con otras obras maestras, y fué restituído á la curia romana en 1815.

La composición de ese famoso cuadro, que algunos críticos califican de obra maestra de las obras maestras, se divide en dos partes: en la superior, Jesucristo, ascendiendo del monte Tabor, se aparece á sus discípulos envuelto en una luz sobrenatural que irradia de su propio cuerpo. A sus lados, los profetas Moisés y Elías, también suspendidos en los aires, están en actitud de adorarlo. En la cumbre del monte Tabor se ve á los apóstoles Pedro, Juan y Santiago, que habían acompañado á Jesús, prosternados, y cerca de ellos, de pie junto á un árbol, á dos diáconos, San Julián y San Lorenzo, en adoración. En la parte inferior, un muchacho poseído de los malos espíritus, con la mirada extraviada, la boca llena de espuma y los brazos retorcidos por horribles convulsiones, va acompañado de su familia que, desesperada, pide á los discípulos que están al pie de la montaña que le curen; su padre le sujeta por los hombros, y su madre, arrodillada en primer término, lo muestra á los discípulos con expresión dolorosa y suplicante, mientras varios parientes y amigos imploran la salvación del desdichado muchacho.

Rafael murió dejando sin terminar *La Transfiguración*, que fué concluída por Julio Romano.

Mengs ha emitido sobre esta pintura el siguiente juicio: «Esta obra contiene infinitas bellezas más que todas las otras de Rafael; la expresión es en ella más noble y más delicada, el claroscuro mejor, la gradación de matices más acertada y la pincelada más fina y perfecta. Hay más variedad en los ropajes, más belleza ideal en las cabezas y más majestad en el estilo.»

Passavant ha dicho que Rafael desplegó en esa obra maravillosa cualidades incomparables.—S.



Roma.—Traslación del célebre cuadro de Rafael *La Transfiguración*, desde el último piso del Vaticano á la nueva Pinacoteca instalada en la planta baja del Museo Pontificio. (De fotografía de Felici.)

cuyos cristales habían sido previamente arrancados. Enganchada á unas poleas suspendidas en el an-

Passavant ha dicho que Rafael desplegó en esa obra maravillosa cualidades incomparables.—S.



LA TRANSGURACIÓN, célebre cuadro de Rafael recientemente trasladado desde el último piso del Vaticano á la planta baja de la nueva Pinacoteca del Museo Pontificio. (De fotografía de Alinari.)

EL LOURDES INGLÉS. REPRODUCCIÓN DE LA GRUTA AUTÉNTICA EN SPALDING

La gran nación inglesa está dando cada día mayores pruebas de ser la tierra de la verdadera libertad. Tolerante como ninguna otra, lo mismo el gobierno que el pueblo, así las clases más elevadas como las más humildes, profesan un religioso respeto á las opiniones ajenas y dejan que éstas se expongan y manifiesten públicamente, sin más trabas que los justos límites de una legislación, la más liberal del mundo.

Y así resulta que, siendo Inglaterra un país protestante y en el que la religión reformada es la religión del Estado y de la inmensa mayoría de sus habitantes, á ella han acudido en busca de refugio congregaciones violentamente expulsadas de otros países que de muy liberales se precian, como la republicana Francia, y en ella se consienten actos públicos que en otras partes están absolutamente prohibidos. Y no sólo se consienten, sino que el gobierno ampara en su derecho á los que los realizan, como ha sucedido hace poco con motivo de la procesión del Congreso Eucarístico de Londres, en la que, á pesar de tratarse de una manifestación contraria á la religión oficial, más de 7.000 agentes

de policía cuidaron de evitar que se molestase á los católicos en el ejercicio de su derecho. Y dicho sea en honor del pueblo londinense, no hubo necesidad

de que la fuerza pública recurriese á medios coercitivos para mantener el orden; pues de aquella multitud, que no bajaría de 150.000 almas y en la que abundarían los adversarios del catolicismo, apenas salieron unas débiles protestas que no tuvieron eco en el público.

Una nueva prueba de ese espíritu de tolerancia la ha dado recientemente el pueblo inglés con ocasión de inaugurarse una reproducción de la famosa gruta de Lourdes en Spalding, aldea del condado de Lincoln. La ceremonia fué solemnísima y se celebró con gran pompa y publicidad. Bendijo la nueva gruta un sacerdote belga y pronunció un sermón el reverendo Felipe Flechter, de Londres, quien expuso los grandes beneficios que la gruta estaba llamada á dispensar á los peregrinos que la visitarían procedentes de todos los puntos de Inglaterra.

Después de la bendición efectuóse una procesión, en la que figuraban multitud de banderas y de emblemas religiosos, abundando en ella las niñas coronadas de flores y los peregrinos de las vecinas parroquias que habían acudido á Spalding para visitar la gruta.



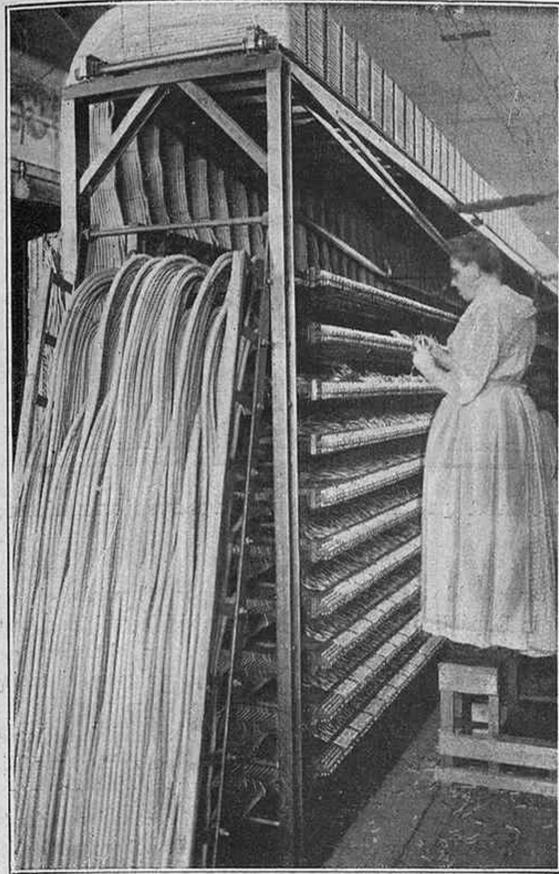
La gruta de Spalding (Inglaterra). Reproducción de la famosa gruta de Lourdes que ha sido inaugurada recientemente con gran solemnidad



Spalding.—Procesión celebrada con motivo de la inauguración de una reproducción de la famosa gruta de Lourdes. (De fotografía de «World's Graphic Press.»)

PARÍS.—INCENDIO DEL PALACIO DE LOS TELÉFONOS

Un incendio espantoso destruyó, el día 20, el palacio de los teléfonos de la capital de Francia, conocido allí comúnmente por «el Gutenberg;» la inten-



La batería americana, recientemente instalada y destinada al servicio de 160 series de abonados, tal como era antes del incendio.

sidad extraordinaria del fuego y la rapidez con que se propagó hicieron inútiles los esfuerzos que se realizaron para limitar la catástrofe.

A las siete de la tarde, los porteros de las casas situadas enfrente del palacio vieron salir de una de las ventanas de la planta baja una ligera humareda, á la que siguieron en seguida algunas pequeñas llamaradas. Dada la voz de alarma, las señoritas telefonistas que se hallaban en el edificio, en número de unas 200, salieron precipitadamente á la calle, sin haber tenido tiempo de salvar ninguno de sus efec-

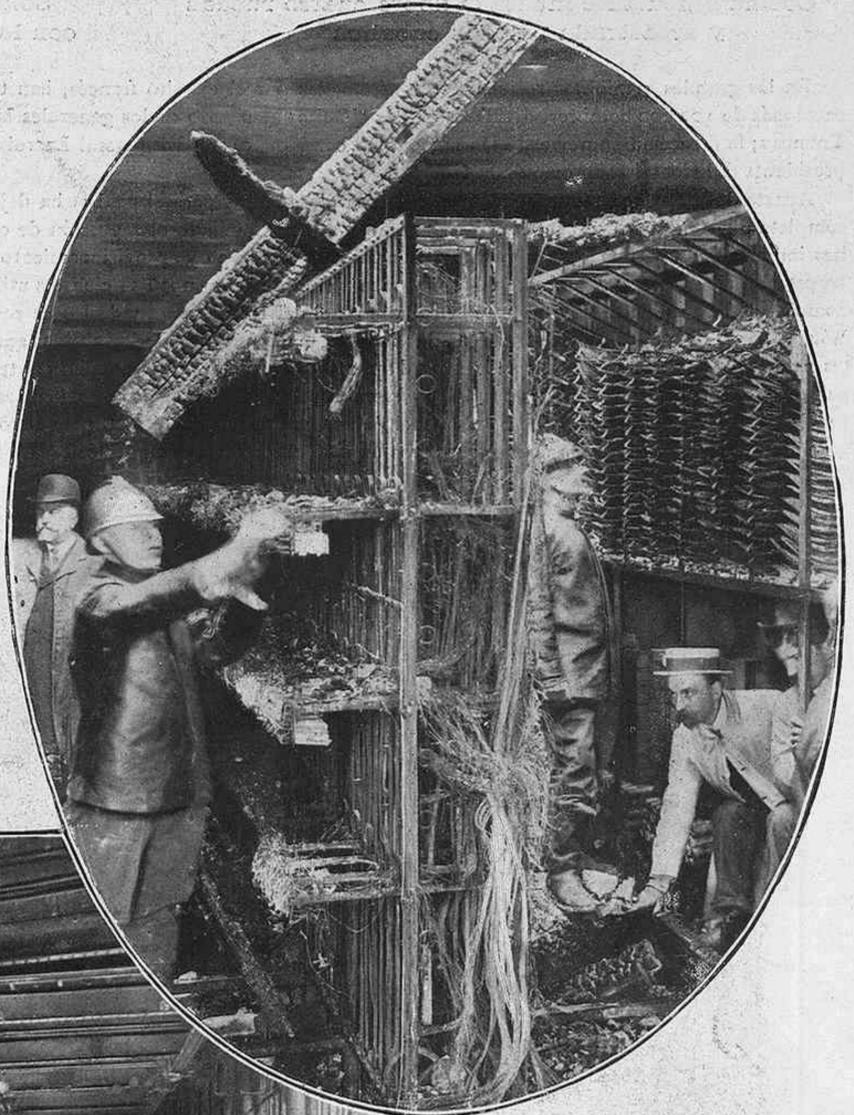
Poco después acudieron las brigadas de bomberos con todo el material necesario y comenzaron los trabajos de extinción y sobre todo de aislamiento, á fin de impedir que el incendio se comunicase á los edificios inmediatos. Desgraciadamente, la combustibilidad extraordinaria de los materiales allí acumulados y la naturaleza de la gutapercha y de la parafina que en grandes cantidades allí existían, hacía poco menos que inútil la acción del agua; así es que á las nueve y media, es decir, al cabo de una hora de esfuerzos, por todas las ventanas de los pisos superiores salían abundantes llamas, á pesar de los torrentes de agua que sobre ellas se arrojaban.

A las diez y media, el incendio, que parecía calmarse, recrudecióse, produciéndose algunos hundimientos; pero esta circunstancia favoreció la extinción del fuego, que á la una y media estaba enteramente dominado.

Los estragos causados por el incendio son enormes y las pérdidas se calculan en unos treinta millones de francos. En los sótanos no ha quedado nada; en la galería del entresuelo en donde estaban los departamentos para el público, los principales daños han sido causados por el agua; el laboratorio ha sido totalmente destruído, y en cambio el repartidor de las líneas interurbanas, que estaba en una pieza contigua á aquél, ha podido ser salvado. En el primer piso, los locales de la administración, en donde se hallaban la contabilidad y el guardarropa, han sufrido poco relativamente, y en el segundo han quedado destruídos en gran parte los múltiples. Pero en donde el desastre aparece en todo su horror es en el piso tercero, en donde todo está carbonizado y retorcido y en donde se rompió una de las columnas que sostienen el techo; en el cuarto, se ha perdido totalmente la famosa batería americana, cuya instalación se había terminado hace quince días y que estaba destinada al servicio de 160 series de abonados.

incendio originados por el mismo motivo, pero habían podido ser extinguidos inmediatamente, gracias á que esos accidentes se avisan automáticamente, encendiéndose una lámpara así que un corto-circuito se forma. A las siete de la noche declaróse un corto-circuito en los sótanos; un maquinista bajó á ellos, echó un cubo de agua sobre un montón de trapos que empezaba á arder, y creyendo haber apagado el fuego, se marchó. Pocos momentos después estallaba el incendio.

En aquella hora prestaban servicio, como hemos dicho, 200 señoritas telefonistas que á las nueve habían de ser relevadas por el personal masculino. La circunstancia de ser domingo hizo que no hubiese mayor número de empleados, porque en los días de fiesta el servicio es mucho más reducido que en los laborables, en los cuales trabajan ordinariamente 1.400. Gracias á esto pudo ser desalojado el local con facilidad y sin que tuviera que lamentarse ninguna desgracia, lo que probablemente no habría sucedido de haber ocurrido la catástrofe en día de trabajo, pues el pánico, tan natural en esta clase de si-



La batería americana tal como ha quedado después del incendio

niestros, habría determinado mayor confusión, por haber más personal.

Los que conocen la manera como estaba hecha la instalación eléctrica en el Gutenberg, no se extrañan que se haya producido la catástrofe, que atribuyen á la batería central, instalada á pesar de las protestas de la liga de abonados. Dicha batería es de un sistema sumamente delicado, que al lado de innegables ventajas técnicas tiene grandes inconvenientes prácticos, sobre todo allí donde el personal de ingenieros y maquinistas no esté muy disciplinado y muy dispuesto al sacrificio, pues exige muchos cuidados y muy minuciosas precauciones, porque la intensidad excepcional de la corriente constituye un peligro y una amenaza continua de cortos circuitos.

A consecuencia de la catástrofe, quedó de momento interrumpido todo el servicio interurbano, con las

los; y apenas se hubieron puesto en salvo, el incendio se propagó á todo el inmueble.

La causa del siniestro ha sido un corto circuito. Durante el día habíanse producido cuatro amagos de

provincias y con el extranjero, así como el correspondiente á 19.000 abonados.—R.

LAS GRANDES MANIOBRAS DEL

LOS MECANISMOS DE



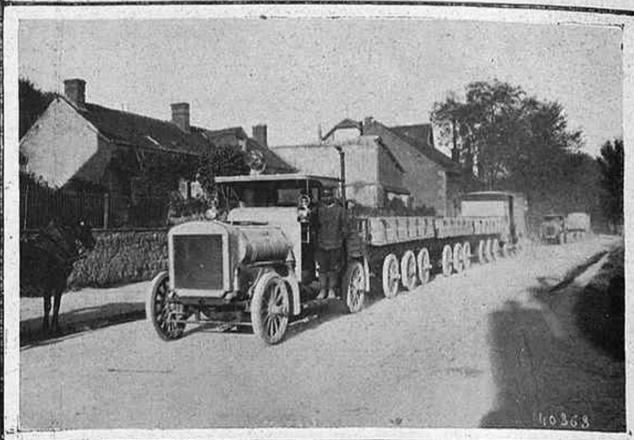
Cocina ambulante montada sobre cuatro ruedas y arrastrada por dos caballos



Soldado equipado con la nueva mochila

EJÉRCITO FRANCÉS EN EL LOIRE

UN EJERCITO MODERNO



Tren Renard que sirve para el aprovisionamiento de las tropas

En las grandes maniobras recientemente efectuadas por el ejército francés, han tomado parte más de 100.000 hombres, divididos en dos ejércitos al mando de los generales Millet y Tremeau; la dirección suprema de las mismas ha corrido á cargo del general Lacroix, vicepresidente del Consejo supremo de la Guerra.

Aparte del problema táctico que en ellas se ha planteado y para el cual se ha dejado en completa libertad á los dos mencionados generales, se han estudiado otra porción de cuestiones importantes y se han ensayado varias reformas en el equipo y aprovisionamiento de las tropas. Entre estos ensayos merecen especial mención el de las compañías ciclistas utilizadas como exploradoras, en substitución de la caballería; el del tren Renard y de los carros automóviles para la conducción y distribución de víveres y municiones; el de las cocinas ambulantes para la preparación del café y de la sopa durante las marchas; el del empleo del teléfono para las comunicaciones entre los cuarteles generales y los estados mayores, así en los acantonamientos como en el campo de batalla, y el de una nueva mochila ó saco para el soldado. Según parece, el resultado de estos ensayos ha sido enteramente satisfactorio.

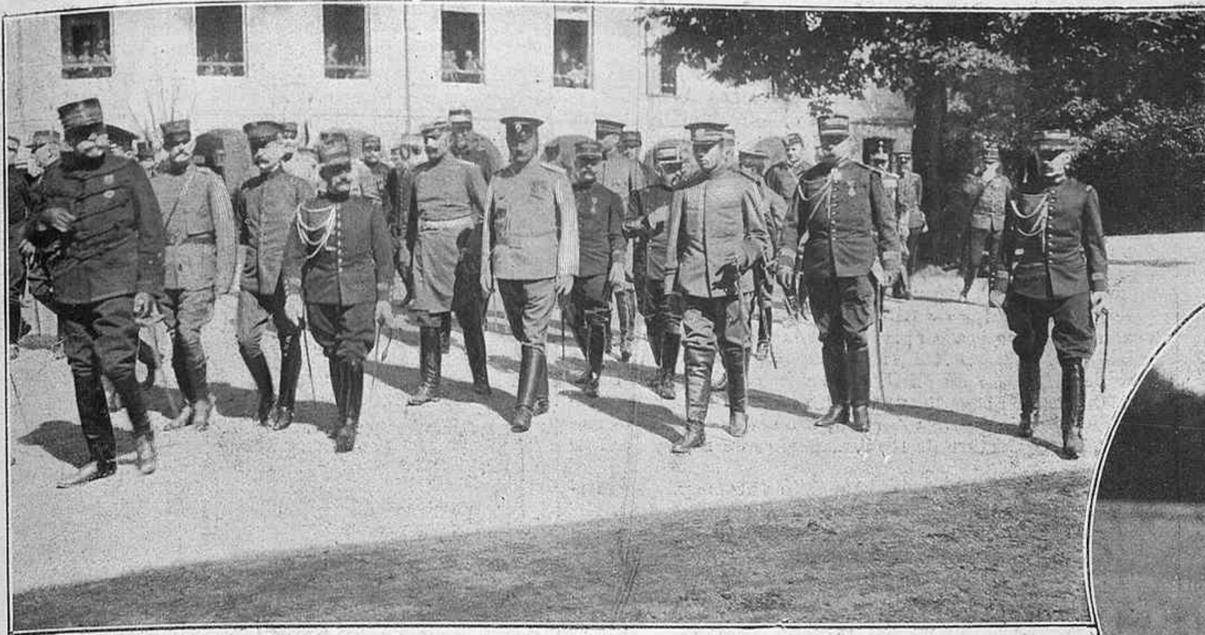
Los oficiales extranjeros que han asistido á las maniobras son: por Alemania, el mayor von Mutins, agregado militar; por la República Argentina, el coronel Villarroel; por Austria Hungría, el mayor conde de Lemezán-Selins, agregado militar; por Bélgica, el teniente general Van Sprang; por Bolivia, el coronel Suárez, agregado militar; por Bulgaria, el teniente coronel Jostof, agregado militar; por Cuba, el mayor general Guerra, el comandante Martí Zayas y el capitán Landa González; por Chile, el coronel Bari; por China, el jefe de batallón Sio-Lian-Tcheng, el comandante Yao-Pao-Laf y el subteniente Ban-Pao-Tchao; por Dinamarca, el general de brigada Raabye; por España, el comandante Rivas y Rivero; por los Estados Unidos, el capitán Guignard, agregado militar; por Grecia, el comandante Zembrakakis; por Inglaterra, el coronel conde Gleichen y el teniente coronel Lowther; por Italia, el teniente general Massone y el mayor Zaccone, agregado militar; por el Japón, el coronel Matchida, agregado militar; por México, el comandante Salas, agregado militar; por Montenegro, el general de brigada Vukovitch, el capitán Martinovitch y el teniente Urbitza; por Noruega, el coronel Luna; por los Países Bajos, el teniente coronel Van Teswisga; por el



Inspección de las bicicletas de la compañía ciclista. (De fotografías de Branger.)

LAS GRANDES MANIOBRAS

DEL
EJÉRCITO FRANCÉS EN EL LOIRE



Llegada á Chateaurout de los agregados militares extranjeros que han asistido á las maniobras

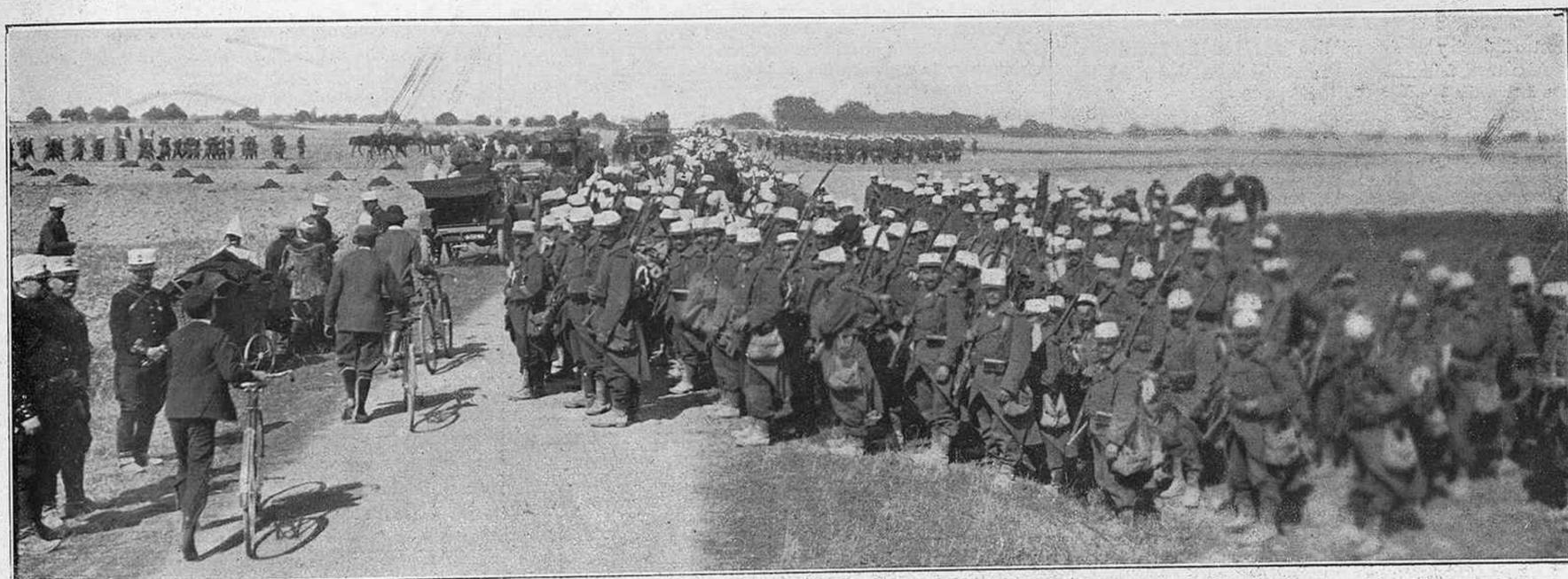
Perú, el teniente coronel Ponce; por Portugal, el mayor Correia Mendes; por Rumanía, el general Constantinescu, el teniente coronel Ilescu y el comandante Sturdza; por Rusia, el coronel conde Nostitz, agregado militar, y el coronel Belaieff; por Serbia, el coronel Paunovitch; por Suecia, el capitán Krüger, agregado militar; por Suiza, el coronel Immenhauser y el mayor Bridel; por Turquía, el comandante Sermed-bey, y por el Uruguay, el capitán Pirán. El decano de esas misiones extranjeras ha sido el teniente general Massone, del ejército italiano.

Aparte de las misiones oficiales, han asistido á las maniobras el general Palitzyne, jefe del

estado mayor ruso, y el coronel Kortazzi, también del ejército ruso, que se han agregado al cuartel general del general Lacroix. - T.



Soldado ciclista preparado para entrar en fuego. Lleva á la espalda, además de la nueva mochila, la bicicleta doblada



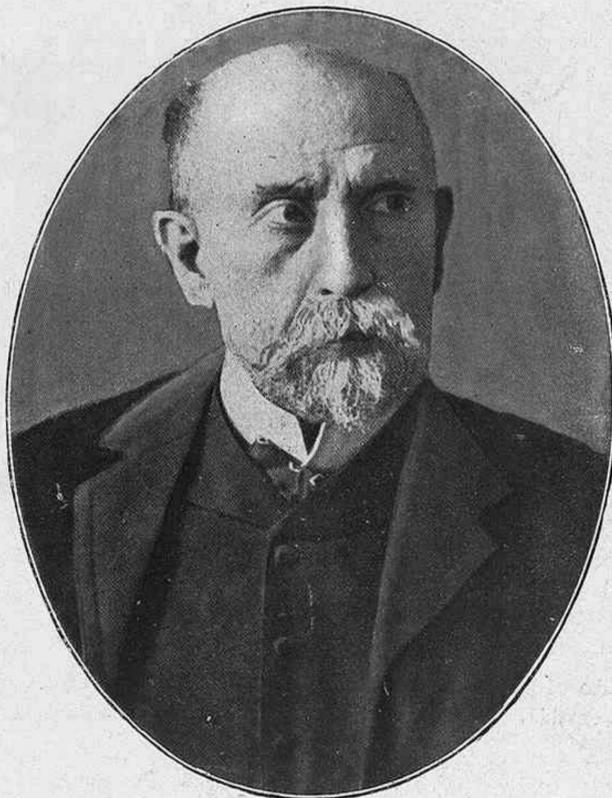
Infantería dirigiéndose á los acantonamientos después de la batalla



Dragones conduciendo una ametralladora

NICOLÁS SALMERÓN

En la población francesa de Pau, adonde había ido en busca de alivio á una larga y pertinaz dolencia, falleció el día 20 de los corrientes el ilustre filósofo y hombre público D. Nicolás Salmerón y Alonso, una de las figuras más eminentes y más venerables de la ciencia y de la política españolas contemporáneas.



El ilustre filósofo y hombre público D. Nicolás Salmerón y Alonso, fallecido en Pau el día 20 de los corrientes. (De fotografía.)

Nació en Alhama la Seca, provincia de Almería, en 10 de abril de 1838, y en la Universidad de Granada cursó las carreras de Derecho y Filosofía. Trasladóse á Madrid en 1856 y allí continuó sus estudios. Terminadas ambas carreras, pronto se dió á conocer en la cátedra del Ateneo y en la prensa como pensador profundo, orador elocuente y escritor notable, y después de haber sido profesor auxiliar de la facultad de Filosofía y Letras de la Universidad matritense, conquistó en reñidas oposiciones, primero, la cátedra de Historia en la de Oviedo, y después, en 1866, la de Filosofía de la central. Por sus ideas avanzadas sufrió algunos meses de prisión en 1867, y al salir de la cárcel fué á su pueblo, en donde cayó gravemente enfermo y en donde le sorprendió, convaleciente todavía, la revolución de 1868. Marchó apresuradamente á Madrid, siendo elegido individuo de la Junta revolucionaria, y al convocarse las Constituyentes de 1869, presentóse candi-

la proclamación de la República, fué sucesivamente ministro de Gracia y Justicia y presidente del Congreso, y en 18 de julio de 1873 nombrado presidente del Poder Ejecutivo. España atravesaba entonces uno de los períodos más difíciles de su historia: Salmerón reorganizó el ejército, declaró piratas á los buques sublevados, y acudiendo á la colaboración de los generales de ideas más opuestas á las suyas, dominó enteramente los movimientos revolucionarios de Cartagena y de Valencia.

En 7 de septiembre del mismo año de su elevación á la presidencia de la República dimitió aquel supremo cargo por no firmar una sentencia de muerte, siendo elegido entonces otra vez presidente del Congreso.

Después del golpe de Estado de 3 de enero de 1874, permaneció una temporada apartado de la política, y al ser proclamado D. Alfonso XII vióse desposeído de su cátedra y hubo de refugiarse en París, en donde muy pronto alcanzó gran fama como abogado, y colaboró en la obra de propaganda revolucionaria de Ruiz Zorrilla, firmando con éste los manifiestos de septiembre de 1876, diciembre de 1879 y abril de 1880.

En 1884 volvió á España, ocupando nuevamente su cátedra, y en 1886 fué elegido diputado por Madrid.

En 1901, la asamblea republicana celebrada en Madrid le nombró jefe de la Unión republicana.

En 1906 combatió enérgicamente la llamada ley de Jurisdicciones, y Cataluña, agradecida á la defensa que de ella hizo en aquella ocasión, organizó en su honor y en el de los demás diputados que votaron en contra de aquella ley, la grandiosa manifestación del 20 de mayo, uno de los actos más imponentes y más trascendentales que registra la historia de los pueblos modernos. Y al constituirse, como consecuencia de aquel poderoso movimiento popular, la Solidaridad Catalana, Salmerón, entusiasta de ella, fué proclamado jefe de la misma y elegido diputado por Barcelona en las memorables elecciones de 25 de abril de 1907.

Al poco tiempo, inicióse la enfermedad que le ha llevado al sepulcro y que le obligó á renunciar á la política activa, no obstante lo cual ha seguido siendo hasta su muerte al jefe querido y venerado de los solidarios.

La muerte del Sr. Salmerón es una pérdida inmensa: filósofo eminente, abogado ilustre, político íntegro, patriota insigne y hombre de arraigadas convicciones y elevados sentimientos, con él ha perdido España á uno de sus más preclaros hijos. Cataluña además ha perdido al amigo entusiasta y abnegado que en uno de los momentos más críticos de su historia no vaciló en sacrificar la posición excepcional que en el partido republicano se había conquistado, para defender su causa, no sólo por estimarla justa, sino también por creerla medio valiosísimo para la regeneración de la patria española.
¡Descanse en paz!

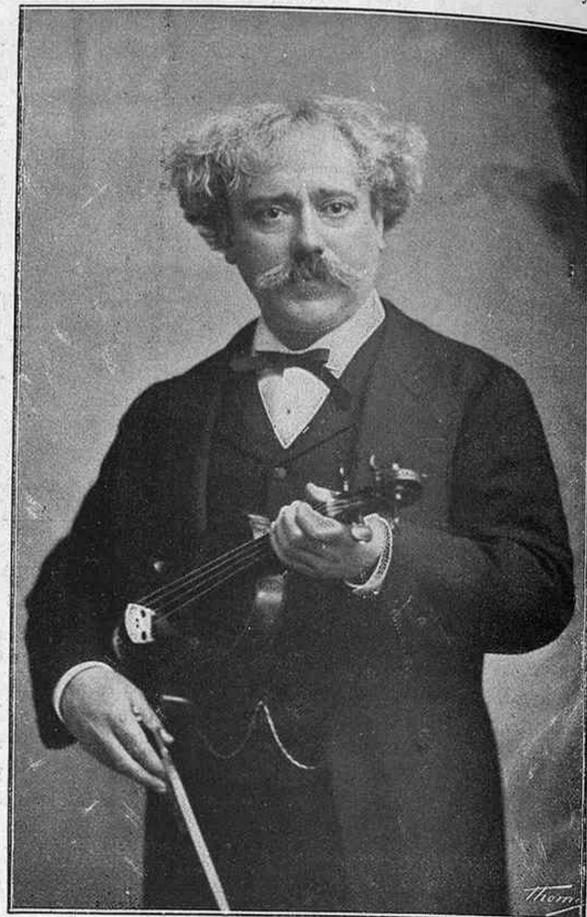
PABLO SARASATE

Una de las más grandes y más gloriosas figuras del arte músico español ha muerto: Pablo Sarasate, el artista genial, el insuperable violinista, admiración de todos los públicos, ha fallecido en Biarritz el día 21 del actual.

La biografía de Sarasate puede hacerse en muy pocas líneas: la enumeración de sus triunfos y de las distinciones de que fué objeto ocuparía, en cambio, espacio larguísimo.

Nació en Pamplona en 10 de mayo de 1844; comenzó sus estudios musicales bajo la dirección de su padre, que era músico mayor del regimiento de Aragón, y á la edad de cinco años recibió lecciones de violín de José Curtier, violín primero de la catedral de Santiago de Galicia. Un año después, pensionado por la condesa de Espoz y Mina, pasó á Madrid,

se concedió en aquel curso. Poco tiempo después comenzó á dar conciertos públicos en varias capitales de Europa, y en junio de 1869 se presentó en Madrid en compañía de la Patti y



El eminente violinista Pablo Sarasate, fallecido en Biarritz el día 21 de los corrientes. (De fotografía.)

de Ritter, alcanzando un éxito inmenso. Desde entonces su vida fué una continuada serie de triunfos que le tributaron los públicos más exigentes, y á partir de aquella fecha su biografía puede sintetizarse diciendo que en todas partes fué aclamado y reconocido como el primer violinista del mundo y que los principales soberanos de Europa le prodigaron todo género de distinciones.

Como compositor conquistó también justa nombradía. Sarasate fué un apasionado de su patria y especialmente de su ciudad natal, á la que todos los años acudía para dar algunos conciertos durante las fiestas de San Fermín.

Pamplona ha hecho á su hijo predilecto un entierro regio, manifestación del duelo intenso de toda una ciudad, y se dispone á erigir en su honor un monumento digno de tan excepcional artista.

¡Descanse en paz!



El famoso ajedrecista Marshall (x) jugando simultáneamente, en Kerkan, 34 partidas de ajedrez, de las cuales ganó 28, perdió 3 y empató en otras tres. En el grabado se ve al árbitro Mr. Limbau (x x.) (De fotografía de Argus Photo-Reportage.)

dato por Huércal Overa, siendo derrotado; en cambio, en aquel mismo año, en unas oposiciones brillantísimas, ganó la cátedra de Metafísica de la universidad de Madrid.

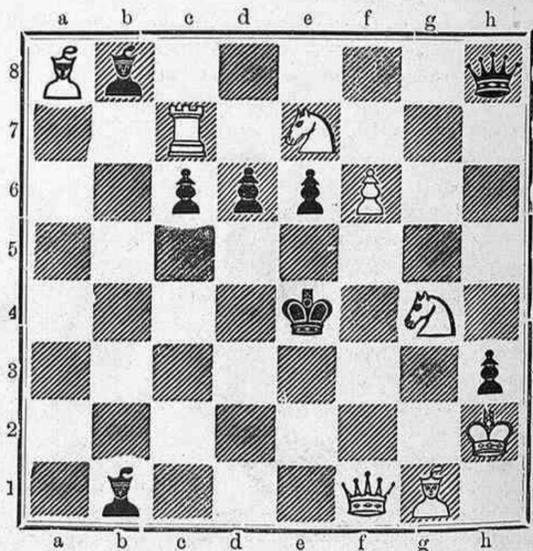
Elegido por primera vez diputado en 1871, fué uno de los más prestigiosos caudillos del partido republicano en el Congreso, y después del destronamiento del rey D. Amadeo y de

en donde fué discípulo de Manuel Rodríguez; sus progresos fueron tales, que muy pronto se hizo aplaudir ruidosamente en varios teatros de la corte y de algunas capitales de provincias. En 1866, gracias á la protección de D. Ignacio García, pudo trasladarse á París y entrar en aquel Conservatorio, en donde al año siguiente obtuvo el premio de violín, único que

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 507, POR V. MARÍN

NEGRAS (8 piezas)



BLANCAS (8 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 506, POR V. MARÍN

Blancas.

1. D a1-a5
2. C c6-e5
3. T f6-b6 ó f5 ó f4 ó C e5-f3 mate.

Negras.

1. D c7xa5
2. d6xe5 ú otra.

VARIANTES.

- 1... A d2xa5 ; 2. h3-h4 jaq., etc.
 c2-c1(D); 2. T f6-e6 jaq., etc.
 h5-h4 ; 2. D a5xd2 jaq., etc.
 Otra jugada; 2. T f6-e6 jaq., ó D a5xd2 jaq., etc.



—Te deseo que seas feliz, repuso Juana gravemente; pero sé juiciosa y guárdame el secreto, como yo te guardaré el tuyo

EL VELLOCINO DE ORO

NOVELA ORIGINAL DE J. H. ROSNY.—ILUSTRACIONES DE SIMONT

(CONTINUACIÓN)

Y en aquel momento Juana sentía casi cólera al ver que Pedro apelaba á una especie de violencia moral.

—Páreceme, dijo Juana, que la sabiduría debe ser escuchada con preferencia á la locura.

El dolor que aquellas palabras causaron á Pedro hízole vacilar, obligándole á apoyarse más fuertemente en la balaustrada.

—¿De modo, dijo con voz alterada, que también usted me aconseja una prudente reserva?

El sufrimiento del pobre muchacho hirió de rechazo á Juana, que se sintió desfallecer.

—Estamos hablando en forma de charadas, aventuró á decir, y no sé adónde quiere usted ir á parar.

Apenas hubo dicho estas palabras, sintió haberlas pronunciado; pero es lo cierto que la palabra, si es que no nos ha sido dada para esto precisamente, revela á menudo nuestras intenciones. Juana jugaba el eterno juego de la mujer que, á la vez, se siente fascinada y espantada por la verdad, ese juego al que llamamos coquetería, cuando no es sino un sentimiento profundo: en Juana era al mismo tiempo coquetería y amor.

—Y de qué otro modo puedo hablar que en forma de charadas!, exclamó Pedro. ¿No comprende usted que si pronunciásemos ciertas palabras no tendríamos medios para una retirada honrosa?... Pruebe usted de ser clara, si puede; en cuanto á mí, creo que lo honrado es persistir en mis conceptos oscuros... Sin embargo, si siente usted por mí algún afecto...

—Mucho...

—En este caso conteste usted á la pregunta que voy á dirigirle, por muy vaga que le parezca. ¿Qué vale más, arrostrar las probabilidades de un gran pesar y de una gran dicha, ó renunciar á la dicha para evitar el pesar?

Juana permaneció un minuto turbada; su pecho latía violentamente, miró á Pedro de soslayo y aun llamó á los dos niños que jugaban allí cerca.

—El que formula tal pregunta, dijo al fin, ¿no ha

aceptado de antemano el desistimiento que le impedirá sufrir?

—Me ha comprendido usted mal, balbuceó Pedro tristemente. No se trata de *mi* sufrimiento, que existe desde hace mucho tiempo y seguirá existiendo, porque depende de mi situación; se trata del sufrimiento de otro...

—Tal vez este *otro* preferirá sufrir si usted sufre... Una alegría inmensa invadió el corazón de Pedro.

—¡Juana!, gritó.

Pero la joven clavó en él una mirada de reproche, y Pedro se calló y se estremeció como potro cegado por el sol al salir de la caballeriza.

—Por lo menos, siguió diciendo Juana, dentro de los límites en que este *otro* es dueño de sus sufrimientos..., porque no vivimos solamente para nosotros, sino que nos debemos á los demás.

—¿No cree usted que sería posible señalar los límites de la parte que á los demás se debe?

—Hasta cierto punto, sí...

—El *otro* de quien hablamos, ¿llegaría hasta conservarse libre de todo compromiso durante un período determinado?

Juana reflexionó un momento y contestó emocionada:

—Sí, pero con la condición de que tuviese usted probabilidades de transformar su posición.

—¿Quiere usted decir con esto que sería menester que yo llegase á ser rico?

—A ser rico ó algo equivalente.

Pedro inclinó la cabeza y su rostro expresó una lucha en la cual la desesperación, la voluntad y la pasión le dominaban alternativamente. Después de un rato de silencio dijo con voz alterada:

—No quiero engañar á ese *otro*, á quien amo más que á mí mismo; ni la fortuna ni algo que á ella equivalga se encuentran tan fácilmente sin el concurso de la suerte... No soy un artista, sino un sabio, y la clase de notoriedad que pudiera yo conquistar sería siempre poco deslumbrante para satisfacer las exigencias sociales.

Juana miróle despechada, pareciéndole sin duda

que veía demasiadas objeciones y manifestaba demasiado poca fe.

—¿No cree usted que eso que llama usted suerte tiene su compensación en el valor?

—No comprendo...

—Quiero decir que no hay combate en el que no se corra el riesgo de una derrota, pues dejaría de ser combate si así no fuese.

—¿De modo que debería yo aceptar la derrota?

La joven, viéndole palidecer, titubeó; mas como amaba ante todo el valor y la lealtad, repitió:

—*Deberíamos* aceptarla.

Al oír esto, Pedro se irguió y sus ojos brillaron.

—Tiene usted razón, dijo; pero yo venceré.

—Así lo espero.

A estas palabras sucedió un silencio impresionante. Los niños miraban cómo reñían dos insectos; el follaje vibraba apenas á impulso de una ligera brisa; la luz dormía sobre los céspedes como si fuese un polvillo impalpable, y únicamente respiraban vida los grandes álamos negros, bañados de arriba abajo por una cascada de chispas que no eran otra cosa que los reflejos del sol sobre las hojas.

Pedro permaneció unos instantes absorto en su ensueño; pero cuando oyó que la joven llamaba á los niños, exclamó de pronto:

—Una palabra todavía... ¿Cuánto tiempo me da usted?

—No puedo decírselo ahora; lo pensaré y pronto lo sabrá usted... Acuértese de que esta conversación ha de ser la última que sobre este asunto tengamos.

Si somos vencidos, no quiero que otros sufran.

Dervilly sintió que los celos le devoraban, y viendo ya á Fernando esposo de Juana y viéndose á sí mismo, no sólo preterido, sino además negado, lanzó un suspiro. Juana se alejaba y él se atrevió á alcanzarla.

—No puedo jurar que la olvidaré, exclamó.

—Ese es un juramento que no le pido, respondió la joven con dulzura.

Pedro comprendió que tampoco ella le olvidaría y se sonrió.

Y mientras Juana regresaba á la quinta, él se internó en las espesuras del parque, que tomaban un aspecto más salvaje á medida que se acercaban á la pared de cerca, siendo al final un verdadero bosque. La sombra era allí fresca; los troncos de las encinas estaban cubiertos de musgo y el suelo presentaba una superficie encarnada á causa de las hojas caídas en el pasado otoño. Algo de la rusticidad de aquel sitio penetró en el alma del joven, quien se sintió ferozmente resuelto á conquistar la fortuna y la gloria. Todo le parecía fácil, y andaba con tanto vigor y tanta agilidad, que ofrecía cierta semejanza con un tigre ó con un león.

IV

La elegante reunión se había en parte dispersado. Un grupo de muchachas que jugaban á adivinar charadas, se paseaba bajo los grandes sicomoros que rodeaban el amplio césped; otro grupo daba vueltas alrededor del *tennis*, todavía lleno de sol, pero que muy pronto quedaría en la sombra y sería accesible á los jugadores; y los niños habían organizado una partida de cuatro esquinas que iba perfectamente, otra de escondite que ya no iba tan bien, y algunas ruedas que por momentos languidecían. Los pollos, recostados en bancos, fumaban cigarrillos; los mayores, de pie, hablaban de deportes, y los hombres maduros hablaban con las señoras, jugaban al billar ó discutían las menudencias de la política. Las señoras, en su mayoría, se contaban las molestias que trae consigo el cuidado de una casa, las tretas de los proveedores ó de los criados, y los goces del verano en lejanas tierras, saliendo á relucir Venecia y Roma en primer término, y luego nuevos países de los que antiguamente ni siquiera se hablaba y que ahora han dado á conocer los viajes en yate y las excursiones de las sociedades de turismo.

El almirante, que se hallaba en el grupo de los políticos, escuchaba á su sobrino Juan Fournais emitir su opinión sobre los acorazados y la defensa de las costas. Era el tal un hombre que había sabido monopolizar el comercio del arroz y realizaba todos los años enormes beneficios; pero en no tratándose de cosas de su comercio, se dejaba llevar de la fantasía, y sus ojos azules, su frente redonda y lisa y su boca apasionada hacían de él el personaje lunar á quien no asustan los más extraños partos de la imaginación. El almirante le escuchaba y se sonreía oyéndole sostener la opinión de que debían construirse acorazados diez veces mayores que los actuales y torpederos diez veces más pequeños, rechazar los submarinos y preconizar el empleo de los proyectiles volantes.

—La lucha debajo del agua será siempre oscura, porque allí nada se ve, y por ende la casualidad será la que decida. Pues bien: ¿qué hombre inteligente aceptará la casualidad? El cañón, en cambio, me parece bien.

—Es usted muy indulgente, dijo el almirante.

—No se ría usted; admito el obús, pero rechazo el torpedo por traidor. ¿Dónde está aquí la guerra? Se contentan ustedes con echar al mar cien torpedos vigilantes, y si vuelan un buque enemigo es por pura casualidad.

—Las más de las veces, repuso el almirante, son nuestros propios buques los que vuelan.

—De modo que conviene usted en lo que digo. ¿Es este un procedimiento regular? Esto es simplemente salvajismo.

—Como es salvaje la guerra en sí misma, dijo uno de los del grupo.

—Hay guerras y guerras, replicó Veraines. Las naciones tienen el derecho de deslindar su terreno.

—¿No le parece á usted, almirante, que entiendo algo de esas cosas?, preguntó Fournais sintiéndose halagado por las palabras de aquél.

—Dispense usted, pero me parece que no entiende usted poco ni mucho...

Una carcajada general acogió esa respuesta del marino.

—... Pero esto no prueba que haya de dejarse á los hombres que se asesinen como quieran... La guerra es un recurso supremo de derecho y no apeláramos á ella si tuviésemos alguna otra manera de demostrar nuestra superioridad... En principio, basta que no se impida ninguna manifestación de la fuerza conveniente para establecer la soberanía, y no es necesario admitir las matanzas inútiles.

—No soy de su opinión, dijo Max de Blemont, otro sobrino de Jacobo Carlos; puesto que la guerra existe, vale más que se haga de un modo salvaje; así se matará ella misma rápidamente, al paso que ahora con nuestras precauciones la mantenemos viva.

El almirante se encogió de hombros bondadosamente.

—Jamás he visto, dijo, que dos hombres se pongan de acuerdo sobre esas cuestiones que, en mi concepto, se substraen á nuestra crítica; y lo más sabio sería, quizás, creer que siguen un desenvolvimiento orgánico como la humanidad misma. Pero es lo cierto que son temas de conversación de sobremesa, que son eternas y apasionan tanto más cuanto más lejos están de toda solución posible, y que ayudan á pasar un rato como este, mientras se fuma un cigarro. Por lo que á mí hace, habré dicho todo lo que pienso sobre esta materia cuando les diga á ustedes que la violencia existe, que yo no la he inventado, que lo mismo se me da de ella que de otra cosa..., y que soy un humildísimo servidor de Francia.

Mientras así hablaba, estaba distraído y preocupado porque había visto á Pedro alejarse y á Juana seguirle acompañada de los dos niños.

«Esa Juana, tan discreta, es una imprudente— pensó.— Ignora todo lo que pasa en su corazón y en esta ignorancia está el verdadero peligro, pues cree no demostrar más que una simpatía, cuando en realidad abre el porvenir á esperanzas que germinarán contra viento y marea. ¡Qué poder de ilusión tan grande encierra el amor! ¡Con qué sutileza se desliza por entre los dedos de los infelices que están seguros de tenerlo bien sujeto! Y lo peor es que esos dos muchachos creen que nadie se ha fijado en ellos, siendo así que, aparte de mí, les acecha Fernando.»

Absorto en esas ideas, apenas escuchaba la réplica de Juan Fournais á Max de Blemont, el cual remachaba su teoría de la guerra sin cuartel, adornándola con la autorización para emplear los virus, los microbios y los humos asfixiantes. El almirante no hacía caso de tales absurdos y no pensaba más que en precipitar la partida de Pedro antes de que se produjera el choque inevitable con lord Beverley; pero aun en esto, á pesar de su sagacidad, la vida había de anticiparsele. Juana regresó con los dos niños, y lord Beverley, después de algunas vacilaciones, acercóse á ella; hablaron unos instantes y en seguida se separaron, encaminándose la joven al grupo de sus primas, mientras él, siguiendo la misma táctica empleada por Pedro, se internaba en el parque y se dirigía al sitio en donde estaba el sabio.

El almirante no pudo contener la risa.

«Somos unos valientes tontos—murmuró.— Cuando uno piensa que esos dos muchachos tan contrariamente educados, inglés impasible el uno y francés impetuoso el otro, adoptan los mismos procedimientos, las mismas precauciones infantiles... Y con todo esto, hétenos en un mar lleno de escollos; Beverley, que no es un necio, se imagina que va á realizar prodigios, y lo que hará será afirmar más en el corazón de Pedro el amor fortalecido por la contradicción. ¡Llévese el diablo á la gente joven! Nadie es capaz de hacerle concebir las inmensas ventajas que puede reportar la inercia. Sin la penetración de Beverley, yo habría cortado la aventura antes de que adquiriese mayores proporciones, mientras que ahora tendré que luchar con el amor propio, que es algo peor que el amor á secas.»

—Mi querido almirante, dijo Juan Fournais, páreceme que está usted preocupado. ¿Será que los problemas que estamos debatiendo le ponen melancólico?

—Todos los problemas infunden melancolía y muy particularmente los que se refieren á la muerte ó al amor..., y ello es debido, sin duda, á que no podemos prescindir de la una ni del otro cuando pensamos en saborear la vida. Así no concebimos una historia sin una guerra, ni una novela sin un amor, y aunque nadie ignora que la paz para los pueblos y la serenidad para el individuo son tesoros inestimables, todo el mundo sabe que únicamente tienen valor por el contraste. Las formas en que haremos la guerra, las que presidirán en el amor, pueden variar; pero no concibo que ni éste ni aquélla desaparezcan de nuestro pobre universo.

—Habla usted como un arzobispo, querido tío, dijo Max de Blemont, y en resumen da usted el ejemplo de esa vida serena, superior á las pasiones, de las que duda usted con tanta energía.

—Eres un niño, Max; mis cabellos comenzaban á encanecer cuando viniste al mundo. Por desgracia he conocido la guerra y el amor... ¡Dios me preserve de una y otro!

—¿Acaso menosprecia usted el dulce lazo cantado por los poetas?

—Lo venero, pero cree en mi vieja experiencia y ten por seguro que es bueno darle desde muy joven un grave compañero que se llama el deber... Si preguntan ustedes á mi padre, les dirá lo que es la existencia de una mujer enamorada. Mi pobre madre, bella, amante y abnegada, hubo de buscar su consuelo único en la educación de sus hijos; fué la mi-

llonaria que lo es para los demás y la amada que bebe hiel en abundancia por aquellos á quienes ama. Bien es verdad que tuvo la compensación del amor constante de mi padre, quien le fué siempre fiel y la vió siempre adornada de la suprema belleza hasta cuando, por haber engrosado algo, perdió su primera frescura..., pero estudien ustedes un sino como el suyo y piensen en lo que habría sido sin el amor maternal y sin el sentimiento del deber. ¿Creen ustedes que mi madre no dejó este mundo como las demás, presurosa y ferviente, con la visión de un luminoso porvenir? Diez hijos que tuvo en el espacio de unos veinte años le enseñaron el significado terrible que puede ocultar el dulce simbolismo pasional. Me dirán ustedes que esto constituye una excepción; pero ¿qué existencia no ofrece presa á la excepción!

—Está usted muy grave, almirante.

—Tienen ustedes razón; hablemos de otra cosa.

Iniciaron otro tema, pero no cuajó; Fournais ofreció cigarrillos y las columnitas de humo reemplazaron á las palabras hasta que el almirante llamó á Juana, que pasaba por allí cerca. La joven se aproximó un tanto ruborizada; su tío era para ella un juez temible, y sin embargo, Juana tenía por cierto que ignoraba su última travesura. El marino no tardó en sacarla de su error, diciéndole:

—Veo que te gustan mucho las bougainvilleas.

Juana se estremeció recordando que en el sitio en donde había encontrado á Pedro había algunas bougainvilleas hermosísimas; pero serenándose en seguida, respondió:

—¿Ha visto usted acaso alguna mujer á quien no gusten las flores?

—¿Y que no entienda su lenguaje?, añadió el almirante.

—¡Oh! Hace demasiado poco tiempo que la bougainvillea crece en nuestro jardín para que tenga ya un significado.

—Las flores nuevas simbolizan la locura, replicó riéndose de la complicidad que les permitía hablar de este modo delante de Fournais y de Blemont.

—No, simbolizan únicamente el capricho.

Y se alejó después de pronunciar esa frase, que dejó perplejo á su tío.

«Lord Beverley no vuelve, y cada minuto prolonga un mes el suplicio de mi amigo.»

Así pensaba el almirante mientras Juana se reunía con sus primas. Todas aquellas jóvenes pasaban, durante el año, muchos meses juntas, en diferentes sitios y casi siempre bajo la juiciosa vigilancia de la señora de Veraines, llevando esa vida de muchacha que de momento parece aburrida, pero que, por un singular efecto de espejismo, se recuerda con tanto placer.

Aunque aparentemente unidas, formaban dos bandos capitaneados por Juana Veraines y Margarita de Blemont. Esta, inteligente y alegre, era apasionada de los deportes y tenía el campeonato del *tennis*; era rubia, de ojos azules, bajita, pero admirablemente proporcionada, y tan hábil en la réplica viva y oportuna, como diestra en devolver la pelota con la raqueta. Todo el mundo la quería y le mostraba cierta protección que ella soportaba mal, pues estaba convencida, y con razón, de que poseía un cuerpo vigoroso y una inteligencia privilegiada. Durante mucho tiempo había sido la amiga íntima de su prima Juana, pero luego aquella amistad se había enfriado sin que nadie supiera á punto fijo por qué.

En realidad, amaba á Fernando Beverley y se rebelaba contra el proyecto de matrimonio del lord inglés con su prima Juana. En una cabeza como la de Margarita, las ideas fermentan de prisa; así es que, aun sin sentir envidia, no admitía que por fuerza hubieran de unirse la más rica de las Veraines con el más apuesto y más noble de los jóvenes en estado de merecer. Una intuición sutil le hacía comprender que su talento y su belleza no eran indiferentes á Beverley, y hasta suponía que era el ideal del joven anglo-canadiense. Su carácter de normanda la impulsaba á combatir, pero su gran optimismo la movía á esperar.

Aquel día estaba irritada, hasta el punto de mostrarse injusta y mala, debido esto á que había oído demasiadas alusiones á la boda de Juana y Fernando, observado demasiadas atenciones á su prima de parte del abuelo y visto en la señora de Veraines una propaganda demasiado activa en favor de Fernando.

Por otra parte, el proyecto de la señora de Veraines merecía una aprobación unánime, y los mismos Blemont, ignorantes del secreto de Margarita, manifestábanse entusiasmados. Pero lo que colmaba su indignación era la actitud de Fernando, esa voluntad de ambicioso que nada puede refrenar y que va contra el propio corazón.

«Porque yo concedo—decía— que Juana es bella,

inteligente, buena y cariñosa, pero él no la mira como me mira a mí... Yo le gusto más y le convengo más, y Juana no tardará en saber que su ensueño de intimidad no tiene eco en esa alma dominadora... Las palabras á veces contradicen la realidad; todo el mundo llama á Juana la princesa, y sin embargo, no tiene nada de tal; la verdadera princesa soy yo. Mi reino es de este mundo, y gustosa me someto á una existencia aparatosa, tejida únicamente de acontecimientos, de luchas mundanas, de triunfos deportivos, mientras que Juana prefiere los méritos personales y la grandeza moral.»

Muy pronto se vió que la gente menuda se desmandaba; surgieron dos ó tres disputas y hasta hubo un comienzo de pugilato, que hizo necesaria la intervención de las jóvenes mayores, primero, y luego la del almirante, á quien todos aceptaban como árbitro, porque sabía hacerse cargo en seguida de la situación y conocía admirablemente el corazón de los niños, tan semejante al de los marineros. Los chiquillos estaban nerviosos á consecuencia del gran rato que habían permanecido en la mesa; sus juegos, mal dirigidos, no lograban entretenerlos, y la anarquía les ponía tercios é impacientes.

—Organicemos un gymkana, dijo el tío.

La idea fué bien acogida, y lo mismo las niñas que las jóvenes quisieron ser parte en los múltiples é interesantes juegos que combinó la imaginación del marino. Todos se divertían, actores y espectadores, y más que nadie el almirante, el cual reía y observaba, clasificando los actos, adivinando los impulsos y viendo como en un libro abierto los destinos de todos. El ardor con que Margarita procuraba vencer á Juana no podía ocultarse á su penetración y hubo de sorprenderle; si prefería á la segunda por su bondad inteligente, no por esto dejaba de amar la viveza de impresiones, la sinceridad y el valor de la primera. Las dos primas habían sido siempre buenas amigas; para que estuviesen desunidas era menester que mediase alguna disensión grave.

Después de una carrera del vaso de agua, que ganó Margarita, díjole el almirante:

—¿Pero qué te pasa?

—Que estoy contentísima con mi victoria.

—Me parece que hay algo más que no quieres decirme.

—¿Acaso no puedo estar contenta por haber ganado?, repuso la joven ruborizándose y con acento malhumorado.

Disponíase á alejarse, pero su tío la detuvo. Estaban solos; Juana hallábase algunos pasos distante, y un poco más allá, los jugadores discutían la carrera.

—Margarita, no eres franca conmigo.

—Es que no puedo serlo.

—¿Guardas rencor á Juana?

—Si se lo guardo, mis razones tendré.

—¡Margarita!, gritó Juana, que había oído estas palabras.

—¿Y bien, qué?, replicó Margarita desconcertada. Supongo que no pretenderás que todo el mundo se postre á tus plantas.

—Margarita, eso que haces no está bien, dijo el almirante llevándose aparte á las dos primas.

—Ya lo sé, pero no puedo evitarlo; me parece injusto que *todo* sea para Juana.

Veraines la miró asombrado.

—¡Hola, hola! ¿Conque ese asunto, tan sencillo para todo el mundo, se complica?

Margarita palideció al verse descubierta, pero no quiso confesar; lamentaba haber ido demasiado lejos y trataba de juntarse con los jugadores, cuando el almirante le dijo:

—¿No sería mejor que tuvierais una explicación? Juana, honrada y altiva, aceptó, y la otra no quiso ser menos.

—Cuando quieras.

—Pues en seguida.

Las dos muchachas lograron apartarse del gymkana, para lo cual les ayudó su tío proponiendo una prueba para los niños, y anduvieron largo rato en silencio, animadas por sentimientos confusos. La juventud devoradora aumentaba en ellas las impresiones, y sentían una especie de embriaguez, de orgullo, de pertenecer al fin á esa humanidad de novela que tiene aventuras; un asombro al verse juntas para debatir otros intereses que los puramente superficiales; y el temor y el deseo de confiarse mutuamente las emociones que las agitaban, esa primera confesión á una amiga, confesión casi tan apasionante como la que se hace á aquel á quien se ama. Pero sentían además la tristeza que, á pesar nuestro, se apodera de nosotros en medio de todas las expansiones, de todas las alegrías, y que no es indudablemente otra cosa que el legado de la experiencia, la certeza vaga de que nunca la vida corresponde al

ensueño, de que nuestros más fervientes anhelos han de resultar impotentes, de que la muerte acompaña y amenaza en todas partes nuestras dichas. Y de este modo, sintiendo que sobre ellas se cernía algo dulce y á la vez grave, saborearon aquel trascendental minuto, contemplando los céspedes, los corpulentos árboles y el cielo cuyo esplendor exaltaba sus espíritus.

Sentáronse en un banco, sin advertir que detrás de ellas había una ventana y que por ésta se asomaba la señora de Veraines. La presencia de las dos jóvenes hizo asomar una sonrisa en los labios de la excelente dama, que se disponía á retirarse discretamente cuando las primeras palabras de Juana la detuvieron.

—¿Estás enfadada porque la gente me casa con Fernando?

Margarita permaneció un instante callada, embarcada por la emoción y con los párpados temblorosos.

—No soy injusta, respondió al fin. Admito que amas á Fernando, pero hallo absurdo que á nadie se le haya ocurrido que pueda casarse con otra que no seas tú.

—En efecto, es absurdo, tanto más cuanto que nadie me ha consultado ni ha tenido en cuenta mis sentimientos personales.

—¿Quieres decir con esto que no amas á Fernando?, preguntó Margarita estremeciéndose y sintiendo que su corazón apenas latía.

Juana no contestó y Margarita, furiosa, siguió diciendo:

—Ya ves que sí que le amas; pero también le amo yo y me considero en mejores condiciones para ser su esposa... No me ocultes de confesártelo; ódiame si quieres.

Mientras Margarita decía esto, Juana la contemplaba sonriendo melancólicamente, reconociendo en ella á la rival singular de toda su vida, así en los estudios como en los juegos, y por lo demás, verdadera rival en inteligencia, aunque todos se obstinaban en tratarla como una niña, mientras á ella le concedían extraordinaria autoridad.

—No acierto á explicarme, Margarita, por qué nadie ha pensado en ti para Fernando.

—Porque tú eres la «princesa», respondió impetuosamente Margarita, y porque yo soy una chiquilla sin substancia.

—Pues te juzgan muy mal quienes así te juzgan... Ten la seguridad de que yo veo en ti una inteligencia superior, unas cualidades tan encantadoras...

—¡Cállate!, exclamó Margarita halagada; ningún elogio me agrada tanto como los tuyos, y esta es una prueba de que instintivamente me considero inferior á ti.

Y añadió, sin poder contener una sonrisa:

—Qué, ¿vamos á detestarnos?

—¿Es bien cierto que amas á Fernando?

—¡Caramba! Tengo la ambición de casarme con él.

—Confío en ti, Margarita, dijo Juana tras un momento de vacilación. Has de saber que yo no estoy del todo segura de ambicionar lo mismo que tú.

—¿Te disgusta Fernando?

—No es esto, contestó Juana ruborizándose; es que creo amar á otro.

—¡A otro!, exclamó Margarita arrojándose sobre su prima y llenándola de besos. Siendo así, ¿me permites que procure contrariar el gran proyecto?

—Te deseo que seas feliz, repuso Juana gravemente; pero sé juiciosa y guárdame el secreto, como yo te guardaré el tuyo.

—¡Te lo juro!

La señora de Veraines, mientras escuchaba la conversación de las dos jóvenes, había sentido los más contradictorios impulsos; varias veces había querido retirarse comprendiendo que su curiosidad era indiscreta, pero en definitiva esa curiosidad había triunfado y lo que había oído había causado tanto asombro como pesar.

Es admirable cosa, aun teniendo al parecer la fuerza de una ley natural, la poca perspicacia de los padres cuando de apreciar las inclinaciones de sus hijos se trata. Así la señora de Veraines extrañóse sobre manera de la temeridad de Margarita y se en tristeció al ver que Juana despreciaba magníficas esperanzas. La pasión de aquella le impresionó poco, considerándola un capricho, casi una travesura; y en cambio echóse á buscar con ardor quién pudiera ser el hombre á quien Juana había distinguido. Poco curiosa del amor en general, de nada podía servirle la intuición; pero, en cambio, era excelente observadora y conocía perfectamente la existencia de Juana, y en seguida sospechó que el preferido de ésta era Pedro. Rebelóse contra esta idea, y precisamente porque se rebelaba contra ella, la idea se aferró más en su mente y llegó á ser casi una certeza. Su descu-

brimiento la hizo sonreír, porque entre Pudro y Juana no veía ningún lazo posible; sin embargo, comprendió que para tranquilidad de la joven era preciso impedir las visitas de Dervilly, cosa relativamente fácil desde el momento en que Jacobo Carlos aprobaba el matrimonio con Beverley. La señora de Veraines habría podido tratar directamente el asunto con su hijastro, pero prefirió confiar el encargo á su marido.

Después de un rato de buscarlo entre los invitados, encontrólo al fin en una glorieta conversando con tres de sus nueras y dos de sus hijas. Al señor de Veraines todos le querían y ante él cesaban las disensiones; no obstante, sabía, por lo mismo que poseía algo de la penetración del almirante, que debajo de aquella armonía hermosa hacia estragos una sorda rivalidad; pero había aprendido á contentarse con la apariencia, en lo cual consiste tal vez la sabiduría suprema. Las heridas de amor propio de sus hijos no le impresionaban gran cosa y no le desagradaba que entre ellos hubiese celos, porque sabía que sin este estimulante habrían abandonado una lucha que él consideraba fecunda y que él se imponía á sí propio á pesar de su edad avanzada. Gustábase remontarse á sus orígenes y vivir entre las reliquias de sus padres... Al í estaba su cuarto de estudiante en vacaciones tal como lo había habitado en otro tiempo, con la misma biblioteca que contenía los mismos libros. En la fábrica había aún máquinas delante de las cuales se había embobado siendo niño, y en la aldea vivían viejos que todavía le llamaban D. José. Esos recuerdos, esas imágenes motrices de todos sus actos, eran lo único que podía mantener la fuerza de ilusión que substituye ventajosamente á la felicidad; y al evocarlos, volvía á ser el trabajador obstinado y fecundo á quien todo le sale bien. Recordaba que allí habían vivido y baluceado sus primeras palabras Jacobo Carlos, Rodolfo, Elena y Margarita; lloraba en presencia de los vestigios de su amor y de las huellas de su dicha, y nada era para él tan grato como volver á verse en Blot en compañía de Jacobo Carlos, su primogénito. Para las pobres gentes de la aldea, el uniforme del almirante simbolizaba la fortuna de los Veraines mejor que todas las haciendas; los chiquillos que jugaban con él se le acercaban respetuosamente, y para Veraines padre las consideraciones que á su hijo tenían aquellos aldeanos eran la más positiva recompensa que pudiera tener en este mundo.

En aquella ocasión, aquel hombre sencillo escuchaba la crónica elegante que le relataban sus nueras y sus hijas, la mayoría de las cuales tenían ya hijos cuyas hazañas referían. Recepciones, comidas, frases galantes de grandes señores ó de obispos mezclábanse con anécdotas sobre la malicia de los niños mal criados ó con algún rasgo de ingenio de algún talentado sacerdote. Charla de buen tono, encantadora y pintoresca, que solía ser la delicia de la señora de Veraines; pero en aquellas circunstancias estaba ésta demasiado preocupada para soportarla mucho tiempo; así es que, pretextando que debía servir la merienda, alejó á todas las señoras y se quedó sola con su marido.

—Tengo que comunicarte cosas muy importantes, murmuró.

Veraines permanecía serio y aun algo temeroso delante de su mujer, porque ésta tenía tal hábito de autoridad, que ni aun para sus íntimos abandonaba el tono que empleaba con los hombres de negocios y que no admitía réplica. Aunque algo gruesa y colorada, poseía un encanto y una elegancia extraordinarios; mas como su vocación no era el amor, Veraines la trataba con afectuoso cariño y algo de respeto.

—Amigo mío, dijo, estoy sumamente alarmada; Juana no se presta tal como yo querría á nuestro proyecto de matrimonio.

Veraines se estremeció; de su largo amor á su primera esposa había quedado un sentimentalismo tenaz que se difundía en él en toda ocasión, como un antiguo perfume en una estancia que se calienta.

—¿Quieres decir que ama á alguien?

—No voy tan allá; pero Fernando es tan unánimemente solicitado, que la frialdad de Juana me parece extraordinaria.

Veraines, que con razón se creía muy superior á su esposa en achaques de amor, se sonrió.

—¿Crees, pues, que Juana ha de amar á Fernando porque las demás se lo disputan?

La señora de Veraines lo creía así, pero por nada del mundo lo habría confesado, respetando, al pensar de este modo, una especie de protocolo de la pasión, de la misma manera que respetaba la moda; pero se colocaba por encima de la moda y de la pasión, y creía que hay leyes eternas á cuyo yugo todo el mundo se somete.

(Se continuará.)

ACTUALIDADES ESPAÑOLAS.—LA JIRA AUTOMOVILISTA Á OÑATE.—LOS JUEGOS FLORALES DE VIGO

Organizada por el Real Club Automovilista de Guipúzcoa, efectuóse el día 19 una jira automovilista desde San Sebastián á Oñate, en la que figuraron 61 automóviles, tres de ellos de D. Alfonso XIII, ocupados el primero, un hermoso 60, por el rey y la reina; el segundo, un Panhard 50, por la duquesa de San Carlos y el conde del Serrallo, y el tercero, un Renault 35, por los ayudantes de Su Majestad el coronel señor Jordana y el teniente coronel barón de Casa-Davalillo.

El primer automóvil salió de la capital donostiarra á las nueve, y á las once menos diez minutos el de Sus Majestades, que tenía el número 56 y que llegó á Oñate á las doce y treinta y cinco.

En el último vehículo de la caravana iba el presidente del citado club, conde de Torre Múzquiz, con su hijo.

El recibimiento tributado por la población de Oñate á los reyes fué cariñoso y entusiasta. Las calles estaban convertidas en túneles de verdura, los edificios engalanados y el pueblo en masa aclamó á los soberanos, mientras las campanas eran echadas á vuelo y se disparaban multitud de cohetes y chupinazos. Sus Majestades, después de haber pasado por entre los automóviles, que estaban formados en dos filas, entraron en las Casas Consistoriales y se asomaron al balcón á instancias del público, que les tributó una nueva y ruidosa ovación.

Desde allí, precedidos de una banda de música y de los *espatadanzaris*, se dirigieron á la iglesia de

San Miguel, en donde se cantó un *Tedum*, y luego asistieron al almuerzo con que les obsequió el Real Club Automovilista y terminado el cual presenciaron

dose detenido en Vergara para ver el *Cristo* de San Pedro, obra de Montañés.

Los automovilistas atravesaron gran parte de la provincia de Guipúzcoa, siendo en todo el camino saludados afectuosamente por los habitantes de los *chalets* y de los rústicos caseríos, y por los campesinos y pastores, que abandonaban los campos y los rebaños y corrían á la carretera para verlos más de cerca.

Fué la jira una fiesta muy animada y agradable, en la que no hubo que lamentar ningún accidente, gracias, en buena parte, á la excelente organización que en ella había presidido.

Después de dos brillantes certámenes musicales de orfeones y bandas de música, celebráronse hace poco en Vigo los Juegos Florales, presididos por el notable periodista y académico Sr. Ortega Munilla, quien leyó un hermoso discurso.

Obtuvo la Flor Natural D. Carlos Miranda, el cual eligió para reina de la fiesta á la bella y elegante señorita doña Rosa Conde Castilla. Formaron la Corte de Amor las no menos bellas y distinguidas señoritas Dolores Manjón, Angeles Tapias, Asunción Barrio, Dolores Elías, Manuela Posada, María Teresa Núñez, Dolores Lago y Pilar García Arenal.

La sociedad coral «La Oliva», organizadora de los certámenes musicales y de los Juegos Florales, ha alcanzado un éxito grandioso en todas esas fiestas y se ha conquistado los aplausos del pueblo de Vigo.—X.



Jira automovilista organizada por el Real Club Automovilista de Guipúzcoa. Llegada de SS. MM. el rey D. Alfonso XIII y la reina doña Victoria á Oñate. (De fotografía de Frederic.)

algunas danzas del país. El almuerzo se celebró en la Universidad, cuyos claustros estaban adornados con neumáticos de automóviles, escudos, banderas y guirnalda, habiendo ocupado la presidencia de la mesa S. M. la reina Victoria, que tenía á su derecha á S. M. el rey, á la duquesa de San Carlos y al comandante general de alabarderos, y á su izquierda al alcalde de Oñate, al presidente de la Diputación provincial y al gobernador civil.

Después marcharon al santuario de Aranzazu, regresaron á Oñate y tras unos momentos de descanso, emprendieron la vuelta á San Sebastián, habien-



Juegos Florales de Vigo.—La reina de la fiesta con su Corte de Amor. (De fotografía remitida por D. Manuel Maestu.)



Londres.— Manifestación de las sufragistas en honor de su compañera miss Philipps, al salir ésta de la cárcel en donde ha permanecido algunas semanas á consecuencia del tamulto producido hace tres meses delante de la Cámara de los Comunes. (De fotografía de «World's Graphic Press.»)

Las sufragistas inglesas no perdonan medio ni ocasión de ostentar públicamente sus ideas y de pasear en aparatosa manifestación por las calles de Londres su famoso programa, sintetizado en el ya popular «¡Vote for Women!»

Hace poco, y de ello dimos cuenta en el número 1.389 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, la salida de la cárcel de algunas de ellas dió pretexto á sus compañeras para realizar en honor suyo una de esas ma-

nifestaciones; y últimamente se ha realizado otra, mucho más grandiosa y pintoresca que la anterior, para solemnizar la libertad de miss Philipps, que ha permanecido una temporada más que aquéllas en la cárcel, en castigo de haber querido enviar oculta-mente una carta á sus padres, contraviniendo así el reglamento de la prisión.

A la salida de la cárcel esperábanla gran número de correligionarias, muchas de ellas vestidas con

traje escocés, por ser escocesa miss Philipps, que la obsequiaron con ramos de flores, y una de las cuales, miss Drumond, una famosa *leader* del partido, bailó una danza en su honor. Después, la ex presa subió á un coche arrastrado por varias sufragistas y fué triunfalmente llevada por las principales calles de Londres entre las aclamaciones de las manifestantes. En la manifestación figuraban varias banderas con lemas alusivos.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
Curadas por el Verdadero
Único aprobado por la Academia de Medicina de París. — 50 Años de éxito.

VINO AROUD

CARNE-QUINA-HIERRO

el mas reconstituyente soberano en los casos de:
Clorosis, Anemia profunda, Malaria, Menstruaciones dolorosas, Calenturas.
Calle Richelieu, 102, Paris. — Todas Farmacias.

Primera Dentición

JARABE DELABARRE

Facilita la salida de los dientes
y previene todos los Accidentes de la Dentición.
*Estjense el Nombre de Delabarre
y el Sello de la "Union des Fabricants".*

En todas las Farmacias del Globo.

FUMOUZE - PARIS

ROB

BOYVEAU - LAFFECTEUR

* Célebre Depurativo Vegetal
cura las

ENFERMEDADES DE LA PIEL
Vicios de la Sangre, Herpés, Acne.
EXIGIR EL FRASCO LEGÍTIMO
H. FERRÉ, BLOTTIÈRE & C^{ia}, 102, R. Richelieu, Paris.
Todas Farmacias.

Historia general del Arte

*Arquitectura, Pintura, Escultura,
Mobiliario, Cerámica, Metalisteria,
Glúptica, Indumentaria, Tejidos*

Esta obra, cuya edición es una de las más lujosas de cuantas ha publicado nuestra casa editorial, se recomienda á todos los amantes de las Bellas Artes y de las Artes suntuarias, tanto por su interesantes texto, cuanto por su esmeradísima ilustración. — Se publica por cuadernos al precio de 6 reales uno.

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

REMEDIO DE ABISINIA

EXIBARD

SOBERANO CONTRA

CATARRO - ASMA - OPRESIÓN

30 Años de Buen Exito. Medallas Oro y Plata.
Todas Farmacias.

VÍCTIMAS DE LA DESGRACIA

El que quiera ser Poderoso y Rico, ser Amado, que la Mala estrella le deje, que la Suerte vuelva,

TENER SALUD Y DICHA

pida el curioso librito (que se envía gratis) al mago Moorys's.
19, rue Mazagran, Paris.

MONUMENTO

Á GOETHE,

obra de

EDMUNDO HELLMER

El autor de ese monumento es uno de los más célebres escultores austriacos de la actualidad, y de él ha dicho un notable crítico que desde sus primeras á sus últimas obras, todas llevan el sello de su personalidad, todas revelan una energía que no descansa hasta conseguir, cueste lo que cueste, la mayor perfección posible. En ninguna de ellas, ni siquiera en sus composiciones escolares sobre temas académicos ni en las ejecutadas por encargos especiales, ha sacrificado jamás el espíritu elevado de su arte. Hellmer ha luchado con tenacidad contra todas las rutinas y contra todas las imposiciones y al fin ha vencido.

Su monumento á Goethe, que adjunto reproducimos y que adorna uno de los más hermosos sitios de la ciudad de Viena, es una prueba de las anteriores observaciones. La figura del gran poeta está modelada con vigor y naturalidad extraordinarios, y el conjunto es de una sobriedad que no excluye el carácter majestuoso, que tan bien sienta en esta clase de obras.



Monumento á Goethe,

obra de Edmundo Hellmer, erigido en la Ringstrasse de Viena

LIBROS ENVIADOS
Á ESTA REDACCIÓN

ANUARIO ESTADÍSTICO DE LA CIUDAD DE BARCELONA. — De no menos interés que los anteriores es el V volumen, correspondiente al año de 1906 que acaba de publicar el Ayuntamiento de esta ciudad, cuya obra han de consultar necesariamente todos aquellos que deseen estudiar cuanto constituye la vida urbana de Barcelona, ya que hallará ordenados con singular acierto los datos y antecedentes de todos los servicios. Ilustran la obra varios grabados, cuadros gráficos, etc., formando un elegante volumen de 20 por 28, bien encuadernado, y consta de 590 págs., cuidadosamente impresas en la tipografía de Henrich y C.

SAN JUAN BAUTISTA, por José M.^a Riquel y Estevill. — Obra de gran interés es la que con este título acaban de publicar los editores Herederos de Juan Gili, puesto que es un hermoso estudio histórico y apoloético de la vida del Precursor de Jesucristo, completando la obra un curioso Apéndice, con la descripción de los lugares de Palestina, visitados por el santo Evangelista. Forma un volumen de 12 por 13, de 196 págs., y se vende al precio de 2 pesetas.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA dirijanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Rougemont núm. 14, Paris.—Las casas españolas pueden dirigirse á los Sres. Montaner y Simón, Aragón, 255, Barcelona

AGUA LÉCHELLE

HEMOSTÁTICA

Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *intestinos*, los *Espantos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

PAPEL WLINSI

Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho*, *Catarros*, *Mal de garganta*, *Bronquitis*, *Resfriados*, *Romadizos*, de los *Reumatismos*, *Dolores*, *Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.

Exigir la Firma WLINSI.

DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Seine.

Paris
Date de 1849

PUREZA DEL CUTIS
— LAIT ANTÉPHELIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès
pura ó mezclada con agua, disipa
PEGAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOSES
EFLORESCENCIAS
ROJECES.

Se pone y conserva el cutis limpio y terso

Casa GANDES B^o St-Denis, 16

SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE
LOS VERDADEROS Y EFICACES
PRODUCTOS BLANCARD

ANEMIA
COLORES PÁLIDOS
EMPOBRECIMIENTO
de la SANGRE
Escrófulas, etc.

PILULES
de **BLANCARD**

al IODURO de HIERRO
INALTERABLE

DESCONFIESE de las FALSIFICACIONES

DEPÓSITO. BLANCARD & C^o, 40, R. Bonaparte, Paris.

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

AVISO Á LAS SEÑORAS

EL APIOL DE LOS
JORET-HOMOLLE

CURA
LOS DOLORS, RETARDOS,
SUPPRESSIONES DE LOS
MENSTRUOS

F^{ia} G. SÉGUIN — PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

PATE EPILATOIRE DUSSER

destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. **50 Años de Exito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILIVORE DUSSER**, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria